

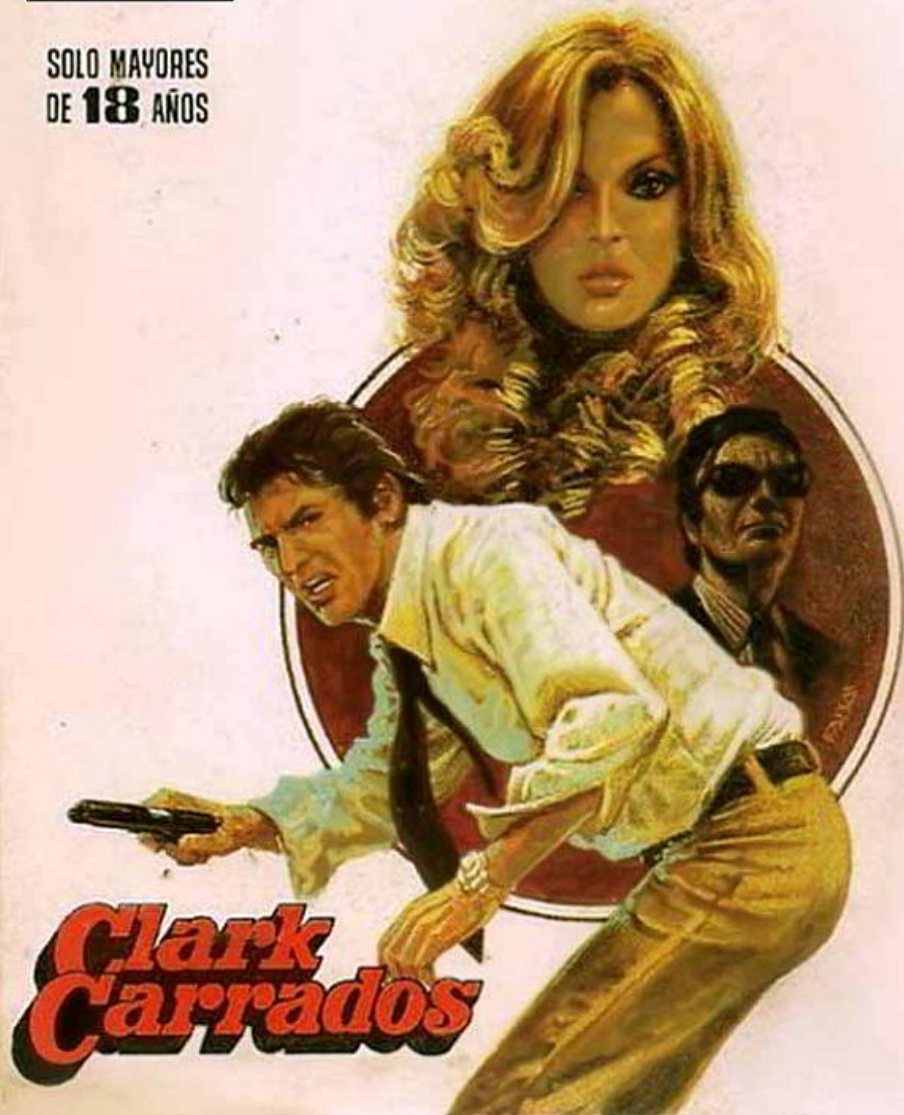
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS

LA SARGENTO BROWN, CULPABLE DE ASESINATO



**Clark
Carrados**

Llegó a la casa y llamó a la puerta, pero nadie le contestó. A la segunda intentona, se dio cuenta de que la puerta estaba abierta y la empujó suavemente.

Peggy Brown avanzó ligeramente el torso.

—¡Señor Gregory!

Sólo obtuvo el silencio como respuesta. La casa estaba a oscuras, pero entraba algo de luz procedente de una farola próxima. Peggy avanzó unos pasos, conteniendo el aliento, a la vez que repetía una vez más la llamada.

Reinaba una quietud absoluta. Peggy empezó a sentirse aprensiva.



Clark Carrados

La sargento Brown, culpable de asesinato

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1658

ePub r1.0

Lds 19.02.19

Título original: *La sargento Brown, culpable de asesinato*
Clark Carrados, 1982

Cubierta: Fabá

ePub modelo

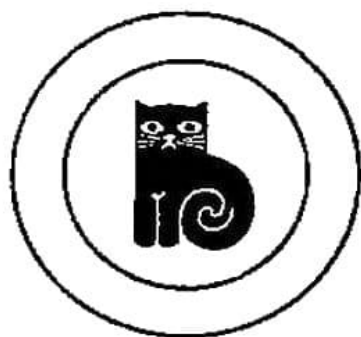
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Llegó a la casa y llamó a la puerta, pero nadie le contestó. A la segunda intentona, se dio cuenta de que la puerta estaba abierta y la empujó suavemente.

Peggy Brown avanzó ligeramente el torso.

—¡Señor Gregory!

Sólo obtuvo el silencio como respuesta. La casa estaba a oscuras, pero entraba algo de luz procedente de una farola próxima. Peggy avanzó unos pasos, conteniendo el aliento, a la vez que repetía una vez más la llamada.

Reinaba una quietud absoluta. Peggy empezó a sentirse aprensiva.

Repentinamente, las luces se encendieron de golpe. Al fondo, bajo el dintel de una puerta corrediza, completamente abierta, apareció un hombre en bata.

—¡Sargento Brown! —exclamó, enormemente sorprendido—. ¿Qué diablos hace usted en mi casa?

Ella no se sentía menos atónita.

—Pero, señor Gregory, usted me...

No pudo seguir. Las luces de la estancia se apagaron bruscamente. Sin embargo, había otras lámparas encendidas en el resto de la casa y la silueta del hombre se destacaba claramente contra aquel fondo iluminado.

En el mismo instante, una larga lengua de fuego taladró la oscuridad, a la vez que se oía un seco estampido.

Heston Gregory se tambaleó. Sonó otro disparo.

El hombre giró en redondo y cayó de espaldas al suelo. El choque resonó sordamente. Peggy estuvo a punto de chillar, pero logró contenerse.

Algo cayó al suelo de *parquet*, muy cerca de sus pies. Peggy volvió la cabeza instintivamente y pudo distinguir de forma algo borrosa los contornos de un revólver de cañón corto. Luego oyó unos pasos que se alejaban rápidamente.

Repuesta en parte, avanzó hacia el caído y le puso una mano en la carótida. A través del difuso resplandor que llegaba del interior de la casa, pudo ver el brillo de la sangre en el centro de su pecho.

—Heston Gregory, al fin te han dado tu merecido —murmuró.

Pero casi en el mismo instante se percató de la gravísima situación en que se encontraba. Por unos momentos, Peggy perdió la cabeza.

En la calle sonaron unos gritos de alarma. A lo lejos se oyó el aullido de una sirena policial que se acercaba a toda velocidad.

Aterrada, Peggy se dijo que sólo tenía una solución: escapar. Incorporándose, echó a correr velozmente y atravesó la casa en pocos segundos. Encontró la puerta trasera, salió al jardín y siguió corriendo.

Al fondo había una pequeña valla, que salvó sin dificultad. Tenía su coche frente a la fachada principal de la casa, pero no cabía utilizarlo. El automóvil de patrulla estaba llegando ya y la verían inmediatamente.

Podía excusar la presencia de su coche allí, diciendo que se lo habían robado. Pero si la encontraban...

Continuó corriendo. El corazón le latía violentamente en el pecho. Una y otra vez se decía que debía mantener la serenidad, pero el pánico a ser detenida en las inmediaciones del lugar de los hechos era superior a cualquier otra consideración. Un taxi se paró de pronto en sus inmediaciones y, sin pensárselo dos veces, se metió en el vehículo y le dio la dirección de su casa.

Cuando llegó se cambió de ropa en pocos momentos. Nerviosa, encendió un cigarrillo, pero tuvo que tirarlo a la segunda chupada. El tabaco le sabía a cenizas amargas. Encendió la radio y un torrente de música *country* inundó la estancia.

Empezó a preparar sus disculpas para el día siguiente. Era inevitable que alguien, se preguntase por qué su coche estaba frente a la casa de la víctima. De pronto, la música se interrumpió y un locutor empezó a recitar un boletín de noticias.

De pronto, el locutor dijo algo que le heló la sangre en las venas:

—Un testigo presencial, cuyo nombre no ha sido facilitado por la policía, ha declarado que vio a la sargento Peggy Brown, del Departamento de Policía de la ciudad, disparar contra Heston Gregory, quien murió instantáneamente. Peggy Brown y la víctima habían sostenido relaciones amorosas en tiempos, aunque esto no parece ser el móvil del crimen...

Peggy se aterró. ¿Quién era el hombre que la había visto disparar contra Gregory? Además, ¿cómo podía mentir de forma tan descarada?

Le entró pánico de nuevo y volvió a perder los nervios.

Sólo le quedaba una salida: huir.

En menos de cinco minutos, llenó un maletín con las prendas de ropa más indispensables. Recogió todo el dinero que tenía por la casa y echó a correr.

Los policías encargados de su detención llegaron tarde.

* * *

Terminó de hablar y miró con aprensión a los severos miembros del tribunal que estaban frente a él, sobre el estrado. Neil Hamilton Parr sintió deseos de pasarse una mano por la garganta, pero sabía que era un gesto incorrecto y permaneció inmóvil, casi en posición de firmes, aunque no con tanta rigidez. Era la postura más adecuada en aquellos momentos.

Al cabo de unos segundos, el presidente se puso en pie.

—El tribunal se retira a deliberar. Tenga la bondad de aguardar en esta misma sala, señor Parr.

—Si, señor.

Parr se quedó solo. Sentía unos vivísimos deseos de fumar, pero sabía también que el humo del tabaco no podía contaminar la atmósfera de aquel austero recinto. Temblando como un flan, esperó la decisión de la que podía depender su futuro.

Transcurrió un cuarto de hora. Al fin, se abrió la puerta lateral y los componentes del tribunal desfilaron de nuevo hacia su estrado. Esta vez se quedaron en pie.

Parr los miró fijamente. El presidente; un hombre de sesenta años, alto, un poco grueso, con el cabello casi completamente blanco, dijo:

—Señor Parr, este tribunal ha escuchado su disertación y ha reconocido los innegables méritos de la misma. Es su tesis una destacada elaboración de hechos, opiniones y críticas de los hechos, de gran originalidad y notoria audacia, pero, al mismo tiempo y en cualquier lugar y circunstancia, completamente ajustada a las leyes y la época actual. Por cuyos méritos, el tribunal ha decidido otorgarle la calificación de «magna cum laude». Nuestra más cordial enhorabuena, doctor Parr.

El joven respiró aliviado y sonrió. Los miembros del tribunal sonrieron también y luego, uno a uno, le estrecharon la mano y le felicitaron. El último en hacerlo fue, precisamente, el presidente.

—Doctor Parr, en fecha muy próxima, pero que se le comunicará oportunamente, se celebrará en esta universidad la entrega de los diplomas de doctorado, junto con algunos títulos de doctor «*honoris causa*» concedidos a eminentes personalidades, y a cuya ceremonia esperamos asista para recibir en forma reglamentaria su título.

Mientras tanto, repetimos nuestra felicitación y nos sentimos muy honrados de haberle otorgado un título más que merecido.

Parr se inclinó profundamente.

—Gracias, doctor Parr —contestó.

Los otros catedráticos se marcharon. Parr se quedó a solas con el presidente del tribunal. Éste sacó sendos cigarros, le guiñó un ojo y le ofreció uno.

—Bueno, sobrino, quiero que sepas una cosa. El parentesco no ha tenido nada que ver con la calificación de tu tesis doctoral. Es más, yo pretendía que se te otorgase el título con un simple aprobado, a fin de evitar una posible acusación de nepotismo, pero los votos del tribunal han sido unánimes: te merecías el «magna *cum laude*». Claro que una cosa es que yo dijera que sólo se te debía conceder el título simplemente y otra es que no te merezcas tal calificación, que te la mereces de sobra.

—Gracias, tío —contestó el joven.

El doctor Parr, decano de la Facultad de Derecho, se recreó encendiendo su cigarro. Cuando vio que tiraba satisfactoriamente, volvió a encararse con su sobrino.

—Realmente, hubo una época en que llegué a temer por ti, Neil —dijo—. Empezabas a descarriarte y no daba un dólar por tu futuro. Por suerte, supiste rectificar a tiempo y ahora se abre ante ti

un espléndido porvenir. No puedo asegurarte nada, pero creo poder estar en condiciones de afirmar que te propondré para profesor ayudante en el próximo curso.

—¿Crees que me aceptarán, tío?

El decano volvió a dar una larga chupada a su cigarro.

—En mi Facultad no se otorga nada a nadie que no se lo merezca —contestó—. Empezarás desde abajo, con un sueldo miserable... pero tienes la suficiente inteligencia y tesón necesario para prosperar. Quizá un día ocupes mi puesto, pero aquí, entérate de una vez, el que enseña es porque lo vale. ¿Has comprendido?

—Sí, señor. Aceptaré el puesto de profesor ayudante, tío.

—Gracias, Neil. Tú vales mucho, pero tendrás que demostrarlo, insisto, y los principios, pese a tu alta calificación, no serán fáciles y tendrás que arrimar el hombro más que nadie. Pero el esfuerzo merecerá la pena, te lo aseguro.

—Así lo espero yo también —sonrió Parr.

—Y ahora, hablando de temas familiares, ¿por qué no te vienes a comer a casa? Tu tía tiene ganas de verte...

La puerta del aula se abrió de repente y un empleado apareció con un sobre en la mano.

—¿Señor Parr? —preguntó.

—¿Cuál de los dos, Martin? —exclamó el decano.

—Neil Parr, señor.

—Soy yo —dijo el joven—. Parece que se trata de un telegrama...

—En efecto, señor.

Parr tomó el telegrama, abrió el sobre y extrajo el papel contenido en su interior. Su tío le contemplaba con interés y vio que el rostro del joven adquiriría de pronto una tensión extraña.

—¿Algo grave, Neil? —preguntó.

Los ojos de Parr chispearon.

—Una persona ha sido acusada de asesinato. Quieren que me encargue de su defensa, tío —respondió.

—Puede resultar un caso interesante, sobre todo, si el acusado es inocente.

—Las pruebas están contra él, pero quien me envía el telegrama asegura que no es culpable. Lo siento, tío; tendré que marchar inmediatamente. Dile a tía Helen que me excuse y que otro día la

avisaré con tiempo para que me prepare una de sus famosas piernas de ternera al horno. —Parr tendió la mano—. Gracias, señor decano.

CAPÍTULO II

El rostro del capitán Mulvoney expresaba mil sentimientos, ninguno de los cuales era simpatía hacia su visitante y hacia el tema de que iban a tratar. La mano del policía, grande, pesada, se tendió como una pistola hacia el joven.

—Neil Parr, le aseguro que la sargento Brown es culpable del delito que se le imputa...

—Capitán —dijo el joven sin inmutarse—. Si no tengo mal entendido, usted es sólo un policía, encargado de recoger las pruebas necesarias para que se pueda formular la acusación contra una persona sospechosa de haber cometido un delito, pero no tiene la más mínima capacidad de juzgar si esa persona es o no culpable. Por tanto, le conminó a que retire inmediatamente esa expresión de su léxico y a que, al referirse a la sargento Brown, la mencione únicamente como la acusada. ¿Está claro?

El bermejo rostro del policía se inflamó aún más todavía.

—Oye, «Piernas Largas», si crees que vas a darme lecciones de comportamiento, después de casi treinta años en la policía, estás muy equivocado. Hay gente muy corrupta en el departamento y yo estoy decidido a sanearlo, cueste lo que cueste y caiga quien caiga. Y esa estúpida de Peggy Brown será la primera...

—Capitán, no vuelva a usar un apodo que ustedes mismos me colgaron hace muchos años —gritó el joven coléricamente—. Me llamo Neil Hamilton Parr y usted debe darme el tratamiento adecuado... No, mejor dicho; a partir de ahora, deberá llamarme doctor Parr. Lo de «Piernas Largas» quedó atrás hace muchos años.

—¿Qué? ¿«Doctor» Parr? —Mulvoney, se echó a reír—. Realmente tienes una fantasía desatada...

—He terminado la carrera de Derecho y redacté mi tesis

doctoral, Ayer mismo realicé el examen correspondiente y conseguí el título de doctor con la máxima calificación —dijo Parr sin pestañear—. Si no me cree, llame por teléfono al decano, y también puede llamar al Colegio de Abogados, en el que me he inscrito, antes de venir a verle usted, a fin de encargarme de la defensa de Peggy Brown. ¿Está claro?

Mulvoney se quedó con la boca abierta.

—Parece que hablas en serio, «Piernas Largas».

—Doctor Parr, capitán.

Hubo un instante de silencio, Luego, Mulvoney, sacudiendo la cabeza, dijo:

—Está bien, doctor Parr, Me inclino a creerte porque sé, que, en otros aspectos, eres persona seria, Pero temo que vas a tener muy difícil la defensa de la sargento Brown.

—¿Por qué?

—Uno, tenía motivos para matar a Gregory, Dos, se encontró en la casa de la víctima su revólver, con dos balas disparadas, las cuales, extraídas del cadáver, han sido identificadas como las que causaron la muerte de Gregory, Tres. —Mulvoney siguió contando con los dedos—, tenemos un testigo que presencié el crimen, Y, cuarto y último: Brown ha desaparecido, nadie sabe dónde está y ni siquiera tenemos la menor idea del lugar donde puede haberse escondido, Una persona inocente no huye, ¿verdad?

—De modo que con todos esos hechos, han acusado a Peggy de asesinato —dijo Parr.

—No la vamos a buscar para darle unas palmaditas en el hombro —dijo el policía mordazmente—. Gregory era un tipo que merecía morir mil veces, pero no por eso su muerte deja de ser un delito castigado por el código. Tú sabes mucho de eso, doctor Parr —concluyó Mulvoney con cierto retintín burlón.

—Peggy se ha escondido —murmuró el joven pensativamente—. Eso no me gusta nada en absoluto.

—Además, ¿por qué diablos quieres defenderla? No tienes por qué sentir la menor simpatía hacia ella. Te detuvo en un par de ocasiones, ¿recuerdas?

—¿Quiere decir que entonces no cumplía con su deber?

Mulvoney se removió inquieto en su asiento.

—Bueno, yo me pongo en tu pellejo...

—No, no lo comprende en absoluto. Por cierto, ¿dónde está el testigo que la vio disparar contra Gregory?

—Lo siento. El fiscal ha ordenado que se le mantenga en lugar desconocido, hasta que se celebre el juicio. Si se divulgase su identidad, correría peligro de ser asesinado. Gregory tenía otros enemigos, ¿comprendes?

—Al menos, me dejarán leer sus declaraciones. Tengo derecho a ello.

—Doctor Parr, yo también entiendo algo de leyes. Todavía no eres defensor de Peggy. No puedes serio, hasta que la tengamos a ella entre rejas. Cuando eso suceda, tendrás acceso a toda la documentación reunida sobre el caso y gozarás de los plenos derechos de un abogado defensor. Eso, suponiendo que ella te acepte como tal.

Parr se puso en pie violentamente.

—La encontraré y aceptará que la defienda —aseguró.

Mulvoney le apuntó otra vez con el índice.

—Si la encuentras, no la escondas. Tráela aquí o, con todo tu título de doctor, te acusaré de complicidad en el asesinato de Gregory.

Parr asintió en silencio. Giró sobre sus talones y salió a la calle.

Caminó una veintena de pasos. Su mente estaba convertida en un torbellino. ¿Cómo era posible que Peggy, normalmente una joven fría y reflexiva, hubiese podido perder la cabeza hasta el punto de disparar contra Heston Gregory?

De acuerdo, Gregory era un notorio hampón y tenía que acabar un día u otro con unas cuantas balas en el cuerpo. Pero que hubiera sido ella precisamente la que se hubiese decidido a eliminar a aquel indeseable sujeto, era algo que no acababa de comprender.

De pronto, vio a un hombre apoyado en la pared de una casa, muy entretenido en la lectura de un periódico. Parr se detuvo como si se dispusiera a encender un cigarrillo.

—Jory —murmuró.

—Hola, Neil —contestó el hombre sin mirarlo.

—Me enviaste un telegrama. ¿Por qué?

—Sabía que eras el único en el que ella podía confiar. ¿Hice mal?

—No, en absoluto.

—Le debía un favor a la sargento. Me pareció que debía ayudarla en lo posible. Pero no sé dónde está.

—¿Seguro, «Pico Fino»?

—Seguro. Se ha escondido y todo Dios anda buscándola, desde el capitán Mulvoney, hasta Pentland Hoffer.

—¿Hoffer también? —se asombró.

—Sí, y eso es lo que me tiene intrigado. Yo pensé que Hoffer debería alegrarse de la muerte de Gregory, pero, por lo visto, se ha enfadado mucho y quiere que la chica vaya a la cárcel.

—Lo tendré en cuenta, Jory. Procura averiguar algo. Abre bien los ojos y los oídos. Quiero encontrarla cuanto antes. Cada día que pasa escondida, aumentan más los perjuicios que puede sufrir.

—Está bien, haré lo que pueda.

—Ten cuidado, Jory. Presiento que éste es un asunto muy turbio y que hay alguien por ahí al que no le interesa que se descubra la verdad.

—Lo tendré en cuenta. Oye, ¿el examen?

—Aprobé. Ya tengo el título.

Jory Mittaw, alias Pico Fino, soltó una risita.

—¡Qué cambios da la vida, de robacoches a doctor en leyes! Este mundo de hoy día está loco, loco, loco...

—Eso era una película muy divertida y la muerte de Gregory no tiene nada de humor, Jory. Ya nos veremos.

—O. K., doctor.

Parr siguió su camino. No tenía la menor idea de cómo empezar la búsqueda de la presunta culpable, pero sí sabía que tenía que hacer algo inmediatamente, y era proveerse de fondos, porque sus bolsillos estaban punto menos que vacíos.

La mujer, alta, de cuerpo exuberante y frondosa cabellera rubia, le dirigió una mirada de asombro.

—Por todos los diablos, doctor Parr... ¡Menudo cambio, tú! Sabía que estudiabas leyes, pero nunca me imaginé...

—Ya ves, Sheila, la vida da muchas vueltas —sonrió el joven—. Quería progresar y ésa era una ruta que me pareció adecuada a mis posibilidades.

—No me cabe la menor duda. Oye, ¿y puede saberse a qué has venido a verme? ¿Acaso quieres celebrar conmigo el diploma que acaban de darte?

Parr contempló unos instantes a la hermosa mujer que tenía frente a él. Sheila Symes se cubría el cuerpo con un peinador muy fino, lo que permitía ver buena parte de sus numerosos encantos femeninos. Bajo la prenda casi transparente podía apreciar las mínimas prendas que usaba en aquellos momentos, de intenso color negro.

—La verdad que contigo puedo celebrar cualquier cosa —respondió sonriendo—. Sinceramente, he venido para algo más... prosaico.

—¿Cuál es tu problema, Piernas Largas?

—Quiero defender a Peggy Brown.

—¿La sargento de policía? —exclamó Sheila, irónica.

—La misma.

—Pero... eso es absurdo... Tú no puedes defender a la que te «enchironó» un par de veces...

—Eso es cuenta mía, Sheila. Lo único que quiero es tu colaboración.

Ella se encogió de hombros.

—He visto cosas raras en esta vida, pero como la que acabo de escuchar... Está bien, ¿qué quieres, Neil?

—Dinero —respondió el joven escuetamente.

Sheila respingó.

—Oye, tú...

—Sé que tú no me exigirás intereses y que serás discreta. No puedo pedirlo a un prestamista; sin contar con los intereses de tiburón, la noticia podría divulgarse y no nos beneficiaría en nada a Peggy y a mí. Y, según creo recordar, si conmigo tuvo algunos roces, a ti te hizo más de un favor, ¿no es así?

La rubia sonrió.

—Eres listo, Piernas Largas —dijo—. ¿Cuánto?

—Estoy literalmente sin blanca. He agotado mis fondos en la última etapa de mis estudios. El caso puede resultarme caro, pero debes tener la seguridad de que algún día te devolveré el préstamo.

—He dicho cuánto, Neil.

—Dos mil. Tengo un ayudante y he de pagarle, aparte de que me he hospedado en un hotel y no me queda sino lo justo para pagar la habitación de hoy.

—Podrías quedarte aquí... —insinuó ella.

—No sabes cuánto me gustaría, pero no quiero comprometerte, Sheila. Prefiero el hotel.

—Está bien. No tengo mucho efectivo a mano, pero puedo hacerte un cheque. ¿Servirá?

—Servirá, gracias.

De pronto, Sheila se sentó en las piernas de su visitante y, despojándose del peinador, se quitó a continuación el sostén. Luego agarró la cabeza de Parr con ambas manos y le aplastó el rostro contra los senos redondos, blancos y firmes.

—Tienes que corresponder con algo a mi préstamo —pidió ardientemente.

Empezó a vestirse, mientras Sheila quedaba lánguidamente recostada en el lecho.

—También eres doctor en artes amatorias, Neil —sonrió la rubia.

Parr le guiñó un ojo.

—Tú me ganas de sobras —contestó—. Oye, ¿tienes alguna idea de dónde puede estar escondida Peggy?

—En absoluto.

El teléfono sonó en aquel instante. Sheila volteó la cama, alargó el brazo y agarró el auricular.

—Sí, soy Sheila Symes... ¿Eh, qué está diciendo? Oiga, ¿por quién me ha tomado usted? ¿Ayudar a Neil Parr? Pero ¿es que me ha tomado por una estúpida? Ah, que ahora está conmigo... ¿Y qué cree que estamos haciendo, imbécil, jugar al ajedrez? No, no me ha dicho nada de Peggy Brown ni me importa en absoluto... Descuide, amigo; lo último que haría sería ayudar a un polizonte a salir de un mal paso.

Sheila colgó de un manotazo y se sentó en la cama. Sus senos oscilaron pesadamente con el gesto.

—El hijo de zorra... Me amenazó con darme un disgusto si te ayudaba, Neil —exclamó, vivamente indignada.

—Parece que has conseguido engañarle —dijo él.

—Claro, me di cuenta en seguida de lo que pretendía. No soy tonta, créeme.

—Eres más lista de lo que muchos se imaginan —sonrió Parr—. ¿Tienes alguna idea de quién era el tipo que te llamó?

—No dio su nombre, pero cometió un error. Si estaba en una

cabina, tenía la puerta abierta, o tal vez era la de su despacho, desde la que, lo sé muy bien, se puede ver el escenario del local. He escuchado la música y la voz de Khaty Mall, en el Silver Odeon. Conozco muy bien la melodía y no puedo engañarme, Neil.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

—Burdett Shann es el dueño del «Silver Odeon». Por lo que sé, debe muchos favores a Hoffer. Quizá eso pueda ayudarte en algo.

—Así lo espero yo. Y, dime, ¿qué hay de la «pasta», encanto?

Sheila se echó a reír.

—Es verdad, lo había olvidado... Tú me lo hiciste olvidar, bribón —suspiró apasionadamente.

Minutos más tarde, Parr salía de la casa de Sheila con un cheque de dos mil dólares en el bolsillo y doscientos cincuenta en billetes. Con eso, se dijo, tenía más que suficiente para comenzar las investigaciones.

Lo primero que tenía que hacer, sin embargo, era localizar a Peggy Brown. «¿Dónde diablos se habrá metido esa estúpida?», pensó, enojado.

Bruscamente, dos individuos surgieron de un callejón cercano y se situaron a ambos lados.

—Venga con nosotros, Parr —ordenó uno de ellos.

CAPÍTULO III

Eran unos individuos hoscos, de notable corpulencia, pese a lo cual uno de ellos empuñaba una pistola con la que presionaba sobre el costado del joven. Parr procuró mantener la serenidad y los miró alternativamente.

—¿Qué sucede, muchachos? ¿Adónde quieren llevarme?

—Camine hacia su derecha —ordenó uno.

El otro acentuó la presión de la pistola.

—No me obligue a apretar el gatillo —dijo torvamente.

—Muy bien, vamos allá.

Parr sintió que le empujaban hacia el callejón. Entraron en la zona oscura y luego se sintió arrojado contra la pared.

—No vamos a matarle —dijo uno de los hampones—. Sólo queremos hacerle una pequeña advertencia. Simplemente, deseamos que se olvide de la sargento Brown.

—Conque es eso —murmuró el joven.

Los dos hampones estaban ahora frente a él. Uno le encañonaba con la pistola. El otro sacó una porra corta y se golpeó la mano izquierda con ligeros chasquidos.

—Soy muy experto —sonrió—. No le romperé ningún hueso, téngalo por seguro.

Levantó la porra y, en el mismo instante, Parr, actuando con relampagueante celeridad, alzó su mano, agarró aquel brazo y lo hizo girar violentísimamente.

El hombre giró también, obligado a ello por el dolor que sentía en el brazo y que le amenazaba con una fractura de huesos. Luego, Parr lo agarró por el cuello y lo lanzó de cara contra el que tenía la pistola.

Los dos hombres chocaron violentamente. El de la pistola lanzó

un gruñido. El arma se disparó en aquel instante.

La boca del cañón estaba pegada al cuerpo de su compinche y el disparo apenas hizo ruido. Sonó un gemido de dolor.

La porra se desprendió de unos dedos sin fuerza. Parr se inclinó velozmente, la recogió y, aprovechando el desconcierto del pistolero, le arreó un tremendo golpe en un lado del cráneo.

Los dos hombres se desplomaron en el suelo. El herido gemía sordamente. De pronto, pegó un par de patadas en el aire, y luego se quedó quieto.

Parr sacó un pañuelo y limpió la porra cuidadosamente. Luego se inclinó y la puso en la mano derecha del herido. Vio que ya no se movía y sacudió la cabeza.

—No era tu día de suerte —murmuró.

Corrió hacia la salida del callejón. Había muy poca gente a aquellas horas. Nadie parecía haberse percatado del suceso. Se arregló la chaqueta con gesto maquinal y echó a andar tranquilamente hacia el hotel.

Cuando se acostó, estaba bastante nervioso, pero se tranquilizó gradualmente y, al fin, logró conciliar el sueño.

Pasadas unas cuantas horas, despertó súbitamente. En la oscuridad del dormitorio, chasqueó los dedos.

—¡Claro! —exclamó—. Tiene que estar allí, no puede haber ido a otra parte. Es el sitio más lógico y el único en que podría esconderse, sin riesgo de ser encontrada.

Sonrió, satisfecho de la idea que se le acababa de ocurrir.

Luego se puso serio.

—A ella no le va a gustar nada —murmuró.

Consultó la hora. Hasta las nueve, no abrirían ninguna agencia de alquiler de automóviles. Debería seguir durmiendo, se aconsejó.

Pero ya no pudo reanudar el sueño.

El arroyo se desplomaba por unas peñas, formaba un pequeño estanque al pie y luego corría tumultuosamente por el cauce labrado durante siglos en la ladera. La cabaña, de rústica estructura, aparecía casi completamente escondida entre unos árboles de notable elevación.

El camino, irregular y tortuoso, iniciaba una pendiente en descenso en el último tramo, de unos ciento cincuenta metros. Parr cubrió aquel trecho con el motor parado y el cambio en punto

neutral. Así pudo llegar sin ruido hasta las inmediaciones de la cabaña.

Paró el «jeep», único vehículo apropiado para tales lugares, y saltó fuera. Cuando se acercaba a la entrada, alguien abrió la puerta y salió a la veranda.

Peggy le vio y abrió unos ojos como platos. Parr se detuvo, con la pierna derecha adelantada y el pie en el primer escalón.

—Bien, sargento Brown, al fin he dado contigo —dijo sonriendo.

El rostro de Peggy estaba muy pálido. Su cuerpo temblaba visiblemente.

—Nunca imaginé que vinieras a verme aquí, Neil —contestó la joven.

Parr continuaba sonriendo. Peggy era toda una belleza, alta, fina, distinguida, de pelo muy oscuro y largo, ahora suelto por encima de los hombros. Vestía una simple camisa a cuadros y pantalones vaqueros, lo cual no le restaba un ápice de su enorme atractivo. Sin embargo, era fácil apreciar en su rostro las huellas de los tormentos interiores por los que pasaba en aquellos momentos.

—Tenía que hacerlo. Vengo a buscarte, para que te entregues.

—¿Piensas que voy a hacer una tontería tan grande?

—¿Piensas quedarte aquí toda la vida?

El pecho de la joven se dilató.

—Dime otra solución, por favor...

—Entregarte, comparecer en un juicio y dejar que yo te defienda.

Peggy rió casi histéricamente.

—Estás loco... Defenderme tú, el tipo al que arresté en un par de ocasiones... ¿Sabes lo que dirían los periódicos? La policía asesina, defendida por el Piernas Largas, robacoches y estafador.

—Robé un coche y salí con una reprensión del juez, prometiendo que no volvería a hacerlo, como así sucedió. En cuanto a la estafa, fui absuelto por falta de pruebas... pruebas que no podían existir, porque era inocente —contestó él sin pestañear.

—Yo te arresté las dos veces...

—Y supiste cuáles eran mis proyectos y lo que hacía para salir adelante, ¿no es cierto?

—Bueno, has acabado la carrera, me imagino, pero eso no te dará ninguna ventaja en el juicio, suponiendo que acceda a

entregarme y que te permita defenderme.

Parr paseó la vista por los alrededores.

—Tu actitud es completamente errónea —dijo—. Pareces la niña que se asusta porque está sola en el dormitorio y se tapa la cabeza con las mantas. Un comportamiento totalmente estúpido en una persona que, como tú, tiene una notable experiencia de las cosas de la vida.

—¿Puedo hacer algo diferente?

—Si, sal a dar la cara, a demostrar al mundo que no mataste a Heston Gregory. Sé valiente y no temas a lo que te pueda ocurrir... porque si continúas escondida y te encuentran otros más adelante, tu posición resultará mucho más débil.

—Lo sé, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? —exclamó Peggy, retorciéndose las manos nerviosamente.

—Voy a ser tu defensor y, como tal, te haré la pregunta clásica en estas circunstancias. Pero necesito que me contestes con absoluta sinceridad, Peggy.

—¿Qué quieres saber, Neil?

—¿Mataste a Heston Gregory?

—No.

—Eso es suficiente para mi. Aunque las pruebas estén contra ti, demostraré tu inocencia. Anda, haz el equipaje y nos volveremos inmediatamente a la ciudad.

Los labios de la joven temblaron.

—Tengo miedo...

—En tu lugar, yo también lo tendría, pero es la única forma de afrontar la situación. Aquí no puedes permanecer eternamente, Peggy, convéncete de ello. Ya te has perjudicado bastante huyendo, en lugar de entregarte inmediatamente, conque no lo estropees más, dilatando algo que debe suceder de forma inexorable. ¡Vamos, decídetelo de una vez!

Ella inspiró con fuerza. Dudó un momento, pero luego, de pronto, giró en redondo y se metió en la cabaña.

Parr aguardó unos instantes. Luego, pisando de puntillas corrió sigilosamente, contorneó la cabaña y alcanzó la parte posterior, justo en el momento en que Peggy salía con una pequeña bolsa en las manos.

—Dámela, yo te la llevaré —dijo.

Peggy le miró un instante. De súbito, lanzó un agudo chillido.

—¡No, no me entregaré! ¡No quiero que me condenen injustamente! ¡Soy inocente, pero no podré probado...!

Parr intentó sujetarla, pero ella le golpeó en el pecho con los puños, a la vez que emitía sonidos ininteligibles. El joven comprendió que Peggy se hallaba bajo los efectos de un ataque de histerismo, provocado por la tensión a que había estado sometida hasta entonces.

Levantó la mano y le asestó dos secas bofetadas, que resonaron como chasquidos de un látigo. Ella se quedó parada, con los ojos muy abiertos, dilatados y la boca completamente abierta. Luego, bruscamente, lanzó un hondo suspiro y empezó a caer.

Parr la recogió en brazos antes de que se desplomara por completo. Luego la entró en la cabaña y la tendió sobre una litera.

Dejó que la naturaleza actuara por si misma. Peggy era una chica fuerte y sana, y se recuperó minutos más tarde.

Cuando abrió los ojos, vio que Parr le tendía una taza humeante.

—Bebe eso —dijo él—. Ya tengo hecha tu maleta. Nos vamos dentro de cinco minutos.

Peggy asintió débilmente.

—Supongo que es lo mejor que puedo hacer —murmuró.

—Si no creyese que es lo mejor, yo mismo te ayudaría a fugarte y nos iríamos juntos al fin del mundo —contestó Parr.

Ella sonrió.

—Siempre serás el mismo, Piernas Largas —dijo.

—En esta ocasión necesitaré algo más que unas piernas rápidas para sacarte del embrollo en que te has metido —repuso el joven.

La llegada de Parr y Peggy a la jefatura causó sensación. En pocos minutos se llevaron a cabo los trámites necesarios. Peggy quedó arrestada, bajo la acusación de homicidio premeditado en la persona de Heston Gregory. Luego, Parr se fue al despacho del capitán Mulvoney.

—Ahora soy legalmente el defensor de Peggy Brown —dijo—. ¿Va a permitirme examinar los documentos de la acusación o tendré que visitar a un juez?

Mulvoney apretó los labios. Sin decir una palabra, agarró una carpeta y se la entregó al joven.

—Lea aquí mismo, Neil.

—Capitán, haga el favor de darme el tratamiento adecuado —exigió Parr fríamente.

—Sí, señor... doctor Parr...

—Puede llamarme abogado simplemente. No es necesario que se exceda, capitán.

Parr revisó rápidamente la documentación. Cuando terminó, alzó la vista hacia el policía.

—Roy Wilkins es el testigo que presencié el asesinato de Gregory —dijo.

—Así es y, como puede apreciar, firmé la declaración en presencia de testigos.

—¿Dónde está ahora Wilkins?

—Lo siento, no puedo decírselo. El fiscal se ha encargado de su custodia y lo tendrá retenido hasta que llegue el momento de declarar ante el tribunal.

—Soy el defensor de la procesada, capitán —protestó Parr.

—No me reclame a mí; hágalo al fiscal, si cree que es algo ilegal. Pero usted sabe que se puede hacer perfectamente. Cuando interroge a ese testigo, y a cualquier otro que vaya a declarar en el juicio, tendrá que hacerlo ante el tribunal y no en otro lugar. ¿O no conoce usted las leyes, «doctor» Parr?

El joven no se inmutó por el tono burlón que empleaba su interlocutor.

—Cualquiera diría que tiene un interés personal en condenar a la sargento Brown —dijo hirientemente.

—¡Maldita sea! —explotó Mulvoney—. Si, quiero que la condenen, pero no por nada personal contra ella, sino porque deseo sanear este Departamento y limpiarlo de la podredumbre que encontré cuando me ascendieron a este puesto. Lo siento por ella, pero Peggy servirá así de escarmiento a todos los que piensan que una placa de policía es una patente de corso. ¿Lo entiende usted, abogado?

Parr lanzó la carpeta sobre la mesa y se puso en pie.

—Si hay corrupción en su departamento, en todo caso Peggy no es culpable. Busque a los policías venales y castíguelos, expúselos, méталos en la cárcel, pero no tome a la sargento Brown como cabeza de turco.

—Usted no tiene que decirme cómo he de dirigir este

departamento. Lo haré a mi manera, ¿comprende?

—Tal como lo estoy viendo hasta ahora, es la peor manera posible, capitán.

Parr dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Cuando iba a salir, Mulvoney le llamó con un tremendo vozarrón:

—¡Doctor Parr!

El joven giró la cabeza.

—¿Capitán?

—¿Cómo sabía dónde encontrar a Peggy, si ninguno de nosotros pudo conseguirlo, a pesar de haber estado buscándola día y noche?

Parr sonrió.

—Compré una bola de adivino en unos grandes almacenes — contestó, a la vez que abría la puerta.

Mulvoney se quedó sin respuesta.

CAPÍTULO IV

El teléfono sonó insistentemente. Parr salió de la ducha a medio vestir y levantó el aparato.

—¿Quién es?

—Jory. Escucha, Nicco Gregory va para ahí, a verte. Está de muy mal humor, ¿comprendes?

—¿Le acompaña alguien?

—Por lo que he podido oír, va solo. Ten cuidado.

—No te preocupes, «Pico Fino». Gracias por el aviso. Nos veremos otro rato. Tengo algo de dinero para ti.

—Está bien.

Parr colgó el teléfono y se mordió el labio inferior con gesto pensativo. No le gustaba la visita que acababan de anunciarle, pero tampoco era hombre capaz de amilanarse, por muy crítica que fuese la situación.

Recibiría al hermano del hombre asesinado supuestamente por Peggy, se dijo, mientras, frente al espejo, se anudaba la corbata. Lo único que sucedería era que llegaría al Silver Odeon con unos minutos de retraso. No tenía importancia.

Sólo le faltaba ponerse la chaqueta, pero lo dejó para el final. Apenas un minuto más tarde, llamaron con los nudillos a la puerta.

—Está abierta —dijo.

La puerta giró. Un hombre le contempló desde el umbral. Era muy alto y pesaba unos quince kilos más que él. En la cara de Nicco Gregory había una malevolencia infinita y no sólo por las cicatrices que casi la convertían en un paisaje lunar.

—Quiero hablar contigo, Piernas Largas —manifestó.

—Mi nombre completo es Neil Hamilton Parr —respondió el joven—. Permitiré que me llames Neil, como muestra de una

confianza que no te mereces. Pero no vuelvas a mencionar ese apodo otra vez.

Gregory se encogió de hombros.

—Tanto da —dijo—. Escúchame bien. Olvídate de la sargento Brown. Haz como si no existiera. Es lo mejor para ti, si quieres seguir disfrutando de la existencia.

—¿Tratas de decirme que no la defienda cuando llegue el momento del juicio?

—Celebro que seas tan rápido de comprensión. Sí, eso es justamente lo que quería decirte.

—Entonces, suponiendo que yo desista de la defensa, tendrás que decirle lo mismo a otro abogado.

—Otro abogado ya no me importa en absoluto. —Gregory le apuntó con el índice—. Eres tú el que no debes defender a esa zorra.

—Cuidado con las palabras, Nicco. Aun admitiendo que ella hubiese matado a tu hermano, es una persona decente.

Gregory escupió despectivamente a un lado.

—Ya lo has oído. Renuncia a la defensa.

—¿Y si me niego?

Una pistola apareció repentinamente en la mano del sujeto.

—Mi hermano fue asesinado y quiero que la culpable pague por su crimen —dijo—. Otro abogado se encargará de defenderla, no te preocupes.

—Parece como si ya lo hubieras elegido...

—Puesto que lo mencionas, así es. El defensor de Peggy Brown sería William MacFahum, quien ya está conforme en aceptar el trabajo.

—¡MacFahum! —resopló el joven—. Ese abogado borracho, incapaz de defender a un recién nacido... ¿Acaso crees que estoy loco o que lo está Peggy, para aceptar la defensa de ese indeseable?

Gregory sacó un papel del bolsillo, con la mano izquierda, y se lo tendió al joven.

—MacFahum ha redactado el documento de renuncia. Fírmalo y se lo llevaré ahora mismo, para que pueda empezar su tarea.

Parr guardó silencio un instante. Avanzó unos pasos y tendió la mano derecha hacia el documento. Súbitamente, movió la izquierda, desvió la pistola y clavó el puño en el estómago de su

visitante.

Gregory empezó a doblarse, pero Parr no le dejó inclinarse del todo. Golpeó con la izquierda, pegó otro manotazo al arma y finalizó con un tremendo derechazo en el mentón de su adversario. Gregory abrió los brazos y cayó de espaldas.

El joven inspiró profundamente. Dio un puntapié a la pistola, enviándola al fondo de la habitación y luego se dirigió al teléfono.

—¿Jefatura de policía? Soy el abogado Parr... Por favor, póngame con el jefe de la sección de arrestados... Sargento, le habla Neil Parr, defensor de Peggy Brown. Es posible que se le presente el abogado MacFahum, alegando que se ha encargado de la defensa de esa acusada. No le permita que la visite; sigo siendo su defensor y no pienso renunciar en absoluto... Si, muchas gracias; está claro que si quiere visitarle algún familiar no puedo impedírselo... Pero, insisto, soy el defensor de la sargento Brown y nadie que alegue una pretensión semejante debe ser creído. Muchas gracias.

Gregory despertaba ya cuando terminó de hablar. Al cabo de unos momentos, pudo ponerse en pie y miró al joven rencorosamente.

—Esto no quedará así —dijo.

—No. Se le hinchará la mandíbula —contestó Parr sin pestañear.

—Ha cometido un error al no renunciar...

—¡Nicco! Por todos los diablos, ¿qué interés tiene usted en la condena de Peggy? No se relacionaba con su hermano y no eran lo que se dice unos familiares bien avenidos.

—Pero era mi hermano...

—Vaya a otra parte con esa música. A usted le han pagado para que desempeñe la comedia del hermano ansioso de justicia. Nicco, conozco muy bien a la familia Gregory y usted no puede engañarme, por mucho que lo pretenda. Lo mejor que puede hacer es largarse y olvidarse de mi para siempre.

—Le costará caro —insistió el sujeto torpemente, a la vez que caminaba hacia la puerta.

—Nicco, Heston merecía morir mil veces y usted lo sabe tan bien como yo. Alguien se encargó de enviarlo al otro barrio y luego, por razones que no se me alcanzan, trató de comprometer a Peggy. Yo pondré en claro este turbio asunto y encontraré al verdadero asesino de Heston. Puede que esto le sirva de consuelo... y si no es

así, váyase de una maldita vez y deje que ventile mi habitación.

Los puños de Gregory se cerraron convulsivamente, pero no se atrevió a atacar a un hombre que le había derrotado cuando le amenazaba con una pistola en la mano. No era un hombre de rutilante inteligencia, pero sí poseía la suficiente para saber cuándo convenía emprender una prudente retirada.

Al quedarse solo, Parr se inclinó, recogió el papel que Gregory había traído y que estaba en el suelo y lo rompió en mil pedazos.

—Ese maldito borracho, defender a Peggy —refunfuñó—. Si fuera así, podrían enviarla directamente a la cárcel y se ahorrarían los gastos del juicio.

El ruido era infernal en el Silver Odeon. En el escenario, varias muchachas, casi completamente desnudas, bailaban una anárquica danza, a los sonos de una orquesta de pretendidos salvajes africanos. La mayor parte de los clientes parecía divertirse mucho con el espectáculo.

—La gente tiene hoy día estragado el sentido de la estética —refunfuñó Parr, mientras se abría paso entre la masa que atestaba la sala.

Al fin consiguió llegar al mostrador y agitó la mano para llamar a uno de los barmen.

—Eh, amigo —dijo—. Quiero ver a Kathy Mall.

Acompañó la petición con un billete de cinco dólares, que desapareció inmediatamente en la pretina del pantalón del sujeto.

—Pasillo de camerinos, cuarta puerta a la derecha, señor.

—Gracias.

Momentos después, Parr contenía una exclamación de enojo. Había gastado cinco dólares para nada. El nombre de la artista aparecía sobre la puerta, en letras de metal plateado.

Torciendo el gesto, golpeó con los nudillos. Al otro lado se oyó una voz disgustada:

—Déjeme en paz; todavía tengo quince minutos.

—No soy el gerente, Kathy. Me llamo Neil Parr.

Sonaron unos pasos rápidos. La puerta se abrió y Kathy miró al joven con ojos muy abiertos.

—Dios mío, no me lo puedo creer...

—Soy de carne y hueso —sonrió él—. ¿Puedo hablar contigo?

Ella tiró de su brazo.

—Entra —accedió—. Por todos los diablos... Eres la última persona a la que esperaba encontrar aquí...

Kathy cerró la puerta con doble vuelta de llave, se apoyó en ella un momento, con la mano en el pecho, y procuró recobrar la respiración.

—Dispénsame, Neil, pero me he quedado cortada... ¿Qué te ocurre, si puede saberse?

—Voy a defender a la sargento Brown.

—Sí, lo sé, aunque ignoro en qué puedo ayudarte yo.

—Depende —contestó el joven, a la vez que sacaba cigarrillos—. ¿Cómo van tus relaciones con Shann?

Kathy hizo una mueca.

—No encuentro otro sitio igual, por lo menos. Si lo encontrase, ya lo habría enviado al infierno. Quiere acostarse conmigo con lo que me subiría el sueldo en un cincuenta por ciento, pero no se lo permitiré jamás. Hace algunos años estuvo sifilítico. No me gustaría tener un «recuerdo» suyo.

—Comprendo —sonrió Parr—. Oye, lo que quiero es que tengas bien abiertos los ojos y los oídos. Shann ha estado hablando hoy con Sheila Symes y le ha prohibido que me ayude. Pero Shann carece de iniciativas en ciertos asuntos lo que me lleva a suponer que ha amenazado a Sheila por encargo de otro. Me entiendes, ¿verdad?

—Sí —sonrió Kathy—. Quieres que lo espíe.

—Sin comprometerte en absoluto.

—Descuida. Neil. Oye una cosa: la sargento Brown lo tiene muy mal.

—Ella no mató a Gregory.

—Por ahí se dice que los celos son la culpa de esa muerte.

—No estaba enamorada de Gregory, que yo sepa.

Kathy soltó una risita.

—Otros piensan de forma muy distinta —contestó—. ¿Sabes?, Gregory iba a casarse con una dama muy encopetada y con mucha pasta. Quizá eso enfureció a Peggy y...

—No sabía nada sobre el tema, pero lo averiguaré —prometió Parr—. Kathy, ¿harás lo que te he pedido?

—Sí, hombre, sí. Aunque no sé por qué te tomas tanto interés en una fulana que te enchironó en dos ocasiones...

Parr entornó los ojos.

—No lo comprenderías en un millar de años —murmuró—. Pero las cosas están así.

—Ya lo veo. Oye, si te sobra una noche, avísame. Soy una experta en curar... problemas de cierta índole —dijo Kathy maliciosamente.

Era una hermosa mujer de figura exuberante y abundante cabellera rojiza. No cantaba como un ángel precisamente, pero su sola presencia en el escenario levantaba aullidos que habrían avergonzado a Tarzán.

—Sí, más adelante, cuando esté menos preocupado —contestó.

De repente, llamaron a la puerta con cierta violencia.

—¿Quién es? —gritó Kathy.

—Yo, Burdett —contestó una voz de hombre—. Abre, por todos los diablos...

Kathy hizo un gesto con la cabeza. Parr comprendió y corrió hacia la ventana que daba al callejón, por la que desapareció en un instante. Luego, la artista fue hacia la puerta, abrió y se apoyó en una jamba con aire negligente.

—¿Qué pasa, Burdett? —preguntó.

El dueño del local la apartó violentamente. Entró en el camerino y lo revisó en pocos instantes. Luego se volvió hacia Kathy.

—Me han dicho que estaba aquí «Piernas Largas» —barbotó.

—¿Se refiere a Parr? —Kathy se echó a reír—. ¿Quién ha tomado unas copas de más?

—No digas tonterías; el que me ha informado, estaba sereno...

De pronto, Shann se fijó en la ventana entreabierta.

—¡Ha escapado por allí! —rugió.

—No es verdad —mintió Kathy, gritando aún más que el hombre.

—Me estás engañando y eso no se lo tolero ni a mi madre...

—Y usted me está tratando de embustera y eso tampoco yo se lo tolero a la mía —chilló la artista—. Además, ¿qué diablos le importa a usted si he recibido o no a Parr, eh? Vamos a ver, ¿por qué le sienta tan mal, suponiendo que fuese verdad?

—Es que no quiero que defienda a...

Shann se mordió los labios bruscamente, como arrepintiéndose de haber hablado más de lo conveniente. Kathy le miró con ojos

maliciosos.

—Complételo, hombre. No quiere que defienda a la Brown. Está bien, ¿y eso qué le importa a usted? Gregory no era precisamente santo de su devoción y hasta le jugó unas cuantas trastadas. Si fue Peggy la que lo «apioló», gracias debería darle por la faena.

—Yo tengo mis motivos, y eso es todo. Ya estás advertida: nada de relaciones con Parr, ¿me has oído?

Kathy se apoyó en la pared y cruzó los brazos bajo los senos opulentos.

—Burdett, me recuerda usted a las marionetas que bailan porque alguien mueve los hilos de que cuelgan. ¿Quién tira de sus hilos?

El rostro del sujeto se tornó lívido instantáneamente. Kathy tomó buena nota mental del incidente. Hasta se asustó, porque creyó que Shan iba a volverse loco de ira.

Pero el dueño del local se recobró en seguida.

—La sargento Brown formaba parte principal del pelotón policial que hizo una incursión hace dos años y que me costó cuatro meses de cierre. Por eso me interesa que la envíen a presidio para toda la vida —contestó.

—Un deseo muy lógico, jefe —dijo Kathy.

Shann cerró de un portazo. Kathy suspiró y se quitó la bata, para empezar a vestirse. En aquel momento, oyó un siseo en la ventana.

—¡Jesús, Neil! —exclamó, a la vez que corría hacia el joven—. Creía que te habrías marchado...

—Me quedé al otro lado, escuchando.

—Pero Burdett podía haberte visto...

—Estaba preparado por si asomaba la cabeza. Kathy, lo he oído todo.

—La verdad es que Peggy no sale bien parada de este asunto —dijo la artista—. Son muchos, parece, los que quieren verla «enchironada» por el resto de sus días...

—Lo cual apoya mis argumentos en favor de su inocencia. Kathy, has hecho una pregunta muy certera a Shann. Alguien le está forzando a actuar contra Peggy. Procura averiguarlo.

—Descuida, haré lo que pueda.

—Y guárdate bien las espaldas —sonrió el joven.

La ventana estaba a poco más de dos metros del suelo. Parr aflojó la tensión de sus manos y se dejó caer al suelo del callejón.

Luego, silenciosamente, desapareció en la oscuridad.

CAPÍTULO V

Anthony P. Yardley, fiscal encargado del caso contra la sargento Brown, tendió una mano cortés a su visitante.

—Siéntese, doctor Parr —saludó amablemente—. Es para mi honor tenerle como adversario en el próximo juicio. Aunque deba lamentar de antemano su derrota, no por eso dejo de ofrecerle mi mayor estima.

—Gracias, señor Yardley, pero no venda la piel del oso que aún no ha cazado —sonrió el joven—. He leído los documentos del informe policial y francamente, admito que mi cliente lo tiene muy mal. También sé que usted cuenta con un testigo que presencié el crimen, un tal Roy Wilkins.

—Es cierto y, para su protección, lo tengo muy bien escondido. Permitirá que no le indique el lugar donde está ese testigo; cuando llegue el momento del juicio, podrá interrogarlo a fondo.

—Eso es lo que pienso hacer, señor fiscal. Ahora bien, hay algo que me intriga sobremanera. Según he podido captar, parece que fueron los celos el móvil del crimen. ¿Qué opina usted?

—Para mí, no hay duda alguna, doctor Parr.

Yardley se levantó, sacó una carpeta de un archivador y la puso en las manos del joven. Parr la abrió y dio un respingo al ver la colección de fotografías que había conseguido reunir el fiscal.

Peggy aparecía en una de ellas, caminando por la calle, del brazo de Heston Gregory. En la siguiente, la vio sentada, al borde de una piscina, con el mismo individuo, inclinado hacia ella en actitud amorosa. Otra fotografía mostraba a la pareja bailando muy juntos. La siguiente se veía a Gregory abriendo galantemente la puerta del coche de Peggy. Había muchas fotografías más y todas ellas mostraban a Peggy y Gregory juntos, aunque en ninguna se les

veía en aptitudes o con indumentarias inconvenientes.

—Me siento pasmado —confesó—. ¿De dónde ha sacado usted todo este material?

Yardley emitió una sonrisa de superioridad.

—Permítame que me reserve el origen de estas fotografías. Han llegado a mi poder y eso es suficiente —contestó.

—No lo estimo yo así, señor fiscal —objetó Parr—. Esas fotografías indican solamente una cierta relación entre la víctima y la acusada, que puede ser tomada como amistosa nada más, pero nunca amorosa, como parece usted creer.

—Al final encontrará usted tres o cuatro cartas que Gregory escribió a la acusada. Las encontramos precisamente en el apartamento de la señorita Brown.

Enormemente preocupado, Parr leyó las cartas, llenas de ardientes párrafos, que expresaban un volcánico amor de Gregory hacia Peggy. Sin embargo, notó un detalle que le pareció importante.

—Señor Yardley, encontraron estas cartas en el apartamento de la acusada, acaba de manifestar.

—Así es, doctor Parr.

—Si estaban enamorados el uno del otro, parece lógico que ella contestase a tan apasionadas misivas, ¿no cree?

—Cierto, pero, lamentablemente, no han aparecido por ninguna parte, a pesar de que hemos registrado a fondo la casa de la víctima. Sin embargo, yo opino...

—Señor fiscal —cortó Parr fríamente—, no me tome por un pedante, pero habrá de permitirme que le recuerde vamos a ir a un juicio donde las opiniones no van a ser tenidas en cuenta para nada. Sólo interesarán los hechos, y estas fotografías y las cartas no prueban absolutamente nada.

—¿Cómo que no prueban...?

—Gregory y la señorita Brown se han retratado juntos muchas veces, y cualquiera puede pensar que lo hicieron tanto como buenos amigos o como enamorados. En las cartas de Gregory se habla de un amor no correspondido de una forma total, aunque abrigue esperanzas de que ella llegue a ofrecerle amor y no desdenes. Si encontrásemos una sola carta de Peggy en la que declarase estar enamorada de Gregory, sí se podría tomar el crimen por celos. Así...

lo dudo mucho, sinceramente.

—Bien —dijo Yardley envaradamente—, descartemos los celos por el momento. Lo cierto es que ella mató a Gregory.

Parr se puso en pie.

—Habrà que probarlo ante el tribunal —sonrió—. Muchas gracias por su cortesía, señor fiscal. Pese a que estamos en campos opuestos, no por ello dejo de agradecer su gentileza.

—He tenido mucho gusto en conocerle, doctor Parr.

El joven salió a la calle, cada vez más convencido de que alguien había organizado una conspiración contra Peggy. Pero ¿por qué?, se preguntó.

Hablaría con Peggy, se propuso. Ahora sabía muchas cosas que antes ignoraba y esperaba que ella pudiese aclarar las dudas que habían surgido después de las últimas investigaciones.

Caminó con paso vivo, abstraído en sus pensamientos sin darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Un hombre le cerró el paso súbitamente.

—¿Fuego, caballero?

Parr respingó. Vio a Jory Mittaw delante de él, con un cigarrillo en la boca, y comprendió que el hombre quería decirle algo. Sonriendo, sacó su encendedor.

—No faltaría más, amigo.

Mittaw aspiró el humo. Luego bisbiseó:

—¡Cuidado! Dos tipos te siguen en un coche negro... —Pico Fino alzó la voz—. Muchas gracias, señor.

Parr se puso rígido. Miró con el rabillo del ojo y vio un coche negro parado junto a la acera, a cuatro o cinco pasos de distancia. Ninguno de sus ocupantes le miraba. Uno de ellos tenía las dos manos sobre el regazo, encima de un periódico. Había mucha gente en aquella zona. «No quieren causar daño a personas ajenas a la cuestión», dedujo en el acto.

Siguió andando. El coche se puso nuevamente en movimiento, silencioso, siniestro. Parr continuó como si no hubiera advertido nada. De pronto, llegaron a un sector de la acera en el que no había ningún otro transeúnte. Parr dio un enorme salto hacia adelante y luego rodó varias veces por el suelo.

Una pistola chasqueó desde la ventanilla derecha del automóvil negro. Parr captó los tétricos sonidos de los impactos contra el

asfalto. Luego oyó el rugido del coche que aceleraba brutalmente para alejarse de aquel lugar.

Todavía tendido en el suelo, levantó la vista, con la esperanza de anotar la matrícula del coche. Éste alcanzaba en aquel instante un cruce.

Un enorme camión surgió de pronto. El conductor del coche negro frenó, pero ya era tarde.

Se oyó un estrépito horroroso. Toda la mitad superior del coche negro, a ras del motor, quedó segada por el brutal choque. El automóvil se había metido por el espacio situado entre las ruedas posteriores del tractor y el juego de ruedas del remolque, cuya base había destruido literalmente la mitad superior del automóvil negro.

La gente chilló horrorizada. Un segundo antes, aquel lugar parecía completamente desierto. Al segundo siguiente, hombres y mujeres empezaron a salir de todas partes.

El conductor del camión se apeó, vio aquel horrible espectáculo y se puso a vomitar. Parr se acercó un poco, lo justo para ver los regueros de líquido rojo que salían por la parte inferior de las puertas destrozadas.

—¿Estabas enamorada de Gregory?

—¡Por Dios, Neil! —protestó Peggy—. ¿Cómo puedes decir tal cosa?

—Por ahí se rumorea que el móvil del crimen fueron los celos...

—Eso es absolutamente incierto. Jamás estuve enamorada de Gregory. Aunque admita que era un hombre guapo y apuesto, nunca sentí nada hacia él; en todo caso, le detestaba por lo que sabía de su trabajo, si es que se puede llamar así a lo que hacía.

—El fiscal me ha mostrado infinidad de fotografías en las que aparecéis juntos. Eso no lo puedes negar —dijo Parr.

—No lo niego, pero ahora empiezo a comprender por qué había un fotógrafo cerca de nosotros, cada vez que Gregory se me acercaba. Gregory llegaba junto a mí, me decía algo, sonreía, incluso me agarraba del brazo o de la mano, y entonces, ¡plaf!; el fotógrafo disparaba su cámara.

—Os he visto bailando a los dos en una de esas fotografías.

—También provocada. Yo fui a una fiesta y no sabía que él también estaba invitado. Aunque no le permití bailar conmigo en toda la noche, él me agarró una vez y consiguió que pareciera como

si estuviésemos bailando.

—Bien, ¿qué me dices de las cartas que te escribió? Rebosan pasión, Peggy —sonrió el joven.

Estaban sentados en el locutorio, frente a frente.

—Gregory buscaba comprometerme —respondió—. Me escribió más cartas y las tiré a la basura, apenas abiertas. Pero luego me di cuenta de que lo que menos pretendía era conseguir que me enamorase de él y empecé a guardarlas, a fin de saber adónde pensaba llegar.

—¿Contestaste a alguna de esas cartas?

—No, jamás —dijo ella tajantemente.

—Bueno, de todos modos son pruebas de muy escasa consistencia. Pero me gustaría saber por qué Gregory estaba tan interesado en tu... amor.

Peggy suspiró.

—Bueno —dijo, no sin humor—, me parece que no soy un adefesio y tengo lo suficiente para atraer a los hombres. Pero aparte de eso, sí, yo misma me he preguntado por qué se interesaba Gregory tanto en mí, cuando tenía muchas otras mujeres y aún más hermosas a su disposición.

—Es decir, te cortejaba con segundas intenciones.

—Podría ser, Neil.

—¿Lo dejó entender en alguna ocasión?

—No recuerdo...

—El revólver con el que se cometió el crimen es incuestionablemente tuyo. Las huellas dactilares, las pruebas de balística... Sobre este punto no hay duda alguna. Pero tú dices que te lo robaron.

—Y así es, Neil —confirmó Peggy.

—¿Lo llevabas en el bolso cuando fuiste a verle la noche del crimen?

—No. Aunque puedo hacerlo, sólo uso el revólver cuando estoy de servicio. En mi tiempo libre, lo guardo en casa, en un cajón de mi escritorio y bajo llave.

—El revólver apareció en casa de Gregory. Según el informe policial, ese cajón estaba cerrado con llave y no había sido forzado. Es un punto en contra tuya, Peggy —arguyó Parr.

—Lo sé, pero ¿qué otra explicación hay, si no es que me lo

robaron?

—¿No te diste cuenta?

—En absoluto.

—¿Tenías el arma antes de ir a casa de Gregory?

—Sí, Neil.

—A ver, explícame qué hiciste antes de acudir a la llamada del muerto.

—Bueno, yo había regresado de mi trabajo y, como de costumbre, me metí en la bañera. Al llegar, saqué el revólver del bolso y lo guardé en el lugar acostumbrado.

—Antes de ir al baño.

—Sí, en efecto.

—Continúa, por favor.

—Al terminar, cuando estaba secándome, sonó el teléfono. Era Gregory y aseguraba tener mucha prisa en verme. Le dije que ya no tenía intención de salir de casa y que si quería algo, podía hacerlo por teléfono. El insistió y me dijo que tenía una información vital sobre el caso Swardon, un asunto de drogas, pero que no podía darme más detalles por teléfono. Swardon es un tipo al que teníamos muchas ganas de ponerle las manos encima, lo que conseguimos hace poco, y yo decidí que no me costaría mucho escucharle. Así pues, fui a su casa... y eso es todo.

—La llamada, imagino, sería falsa, Peggy.

—A mi me pareció que era la voz de Gregory. ¿Cómo podía suponer entonces que era una trampa? —se quejó la muchacha.

—Era una trampa —dijo él ceñudamente—. Estuviste en el baño más de un cuarto de hora...

—Suelo hacerlo a diario, Neil —respondió ella.

—Conocían tus costumbres. Alguien entró en la casa, un profesional muy hábil, y se te llevó el revólver. Tiene que ser un tipo que sabe actuar sin dejar el menor rastro y sin necesidad de violentar cajones.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro —dijo Parr—. Usaría guantes, no hay duda; así aparecieron luego tus huellas en el revólver y no las del asesino. Bien, será cosa de investigar al tipo que te birló el arma mientras te bañabas. Era el mejor momento para hacerlo, ¿comprendes?

Peggy asintió.

—Ahora ya no me cabe la menor duda —contestó—. Pero te será muy difícil...

—Quizá menos de lo que piensas. Todo es cuestión de husmear aquí y allá... aunque, evidentemente, hay tipos a los que no le interesa que yo te defienda.

—¡Neil! ¿Qué estás diciendo? —se asombró la joven.

—El hermano de Gregory vino a verme, para ordenarme que renunciara a tu defensa. MacFahum, el abogado «esponja», como le llaman muchos, era el que iba a encargarse de defenderte en el juicio. Tanto daría que te defendiera una ostra vacía.

Peggy se sentía atónita.

—¿Es posible? —murmuró.

—Han intentado asesinarme en un par de ocasiones —respondió Parr sombríamente—. Han fallado en ambas y los que lo intentaron no han salido muy bien parados. Alguien tiene un enorme interés en que te condenen y no vacila en usar toda clase de medios para conseguirlo.

Ella le tendió las manos a través de la mesa.

—Ten cuidado, Neil —dijo con gran vehemencia—. No me perdonaría si te sucediera algo por mi culpa...

—Sé cómo capear el temporal —contestó él sonriendo—. A propósito, ¿recuerdas el nombre del fotógrafo que consumía tantas placas cuando se te acercaba Gregory?

Peggy se lo dijo y Parr anotó los datos. Luego se puso en pie.

—Vendré a verte tan pronto me sea posible —prometió.

CAPÍTULO VI

Sheila Symes abrió el bolso, sacó la llave y la insertó en la cerradura. En la oscuridad, sonó una voz:

—No enciendas la luz. Corre las cortinas antes de hacerlo.

Sheila se volvió sobresaltada.

—¡Neil!

—Quiero hablar contigo, pero no estoy seguro de que no haya alguien vigilando la casa —dijo el joven desde las tinieblas.

—Entra por el lado este. Abriré la ventana del baño.

—Está bien.

Minutos más tarde, Sheila le ofrecía una copa. Ella se había cambiado de ropa y vestía una bata corta. El pelo quedaba suelto y tenía la cara limpia de maquillaje.

—Las cosas se ponen feas, ¿eh?

—Desde luego, no dan síntomas de mejorar. ¿Conoces los últimos acontecimientos?

—A ver, dime...

—Un tipo llamado Dan Kopfell apareció muerto de un balazo en un callejón. Kopfell y un compinche querían darme una paliza, para que abandonase el caso. Como no lo consiguieron, ayer, dos tipos trataron de liquidarme en plena vía pública. Al huir, se metieron con el coche debajo de un camión pesado. Resultado: quedaron hechos papilla. Pero presiento que los atentados continuarán.

Sheila silbó.

—El caso es más importante de lo que parece, ¿no es cierto?

—Así lo entiendo yo —convino Parr.

En aquel momento, sonaron unos discretos golpecitos en la puerta.

Sheila volvió la cabeza. Parr se puso en pie.

—No te alarmes. Es alguien al que yo he citado aquí, sin tu permiso.

—Vaya frescura —se quejó Sheila.

Pero Parr iba ya hacia la puerta. Abrió una rendija y miró cautelosamente hacia el exterior.

—¿Jory?

—El mismo. Vamos, abre...

—¿Hay gente fuera?

—Había un tipo, pero se marchó hace diez minutos. No ha tenido relevo.

—Está bien, entra.

Mittaw franqueó el umbral, lanzando reniegos entre dientes.

—Vaya unas horas... Parecemos conspiradores, dispuestos a derribar el gobierno... Hola, Sheila.

—¿Qué tal, Pico Fino? —sonrió la rubia.

—Ya ves, moviendo el esqueleto para salvar a un polizonte de la ruina. Las vueltas que da el mundo —se lamentó Mittaw—. Yo, colaborando con la policía...

—Vamos, vamos, Jory —rió Parr—. No sería la primera vez.

—Neil, yo nunca...

Mittaw se calló, porque los otros dos sabían perfectamente que había actuado como confidente para la policía en más de una ocasión. Sheila soltó una risita y luego le sirvió una copa.

—Jory, a la sargento Brown le robaron el revólver. Estaba en el baño cuando sucedió, y el ladrón tuvo que ser un tipo de los que conocen su oficio —dijo Parr—. Entró y salió sin ser visto ni oído, y sin necesidad de forzar ninguna cerradura. Quiero que encuentres al tipo.

—Ah, robaron el revólver... —murmuró Mittaw.

—No se han observado señales de violencia en ninguna de las cerraduras, por lo que se deduce que el ladrón era cosa fina en su oficio. ¿Lo entiendes ahora?

—Neil —terció Sheila—, quizá ese mismo tipo es el que se cargó a Gregory.

—No lo creo. El ladrón se limitó a robar el arma, supongo que mediante un buen precio, y lo entregaría a alguien, encargado de matar a Gregory. Pero tuvieron que pagarle bien y eso suele notarse.

—Creo que comprendo —dijo Mittaw—. Bueno, buscaré por ahí y te llamaré en cuanto sepa algo.

—Gracias. Oye, Jory, ¿sabes algo acerca de un tipo llamado Kopfell?

—Trabajaba para Shann, el del Silver Odeón. Alguien le pegó un tiro, quizá para ajustarle las cuentas...

Parr sonrió.

—Tendré que interrogar a Shann. Gracias, Jory; eso es todo.

Mittaw miró alternativamente a Sheila y al joven, y luego soltó una risita maliciosa.

—Que aproveche —dijo al salir.

Sheila puso una mano en el brazo del joven.

—¿Hacemos caso a Pico Fino?

Neil meneó la cabeza.

—Tengo ganas de descansar —respondió.

—Lástima —suspiró ella—. Neil, hay algo que me ha intrigado mucho. Todos los polis andaban como locos detrás de Peggy, pero tú fuiste el único capaz de encontrarla. ¿Cómo pudiste dar con su escondite?

Parr sonrió enigmáticamente, a la vez que ponía la mano en el pomo de la puerta.

—Lo siento, eso es algo estrictamente reservado entre Peggy y yo —contestó.

Sheila levantó las cejas.

—Oye, no me digas que tú y ella...

—No he dicho nada, y si te imaginas algo, contestaré negativamente —se despidió Parr.

Sheila puso las manos en las caderas, al quedarse sola.

—Vaya; quién lo iba a pensar... La sargento Brown y Piernas Largas convertidos en... enamorados... Si me lo dijera otro no me lo creería, aunque me lo jurase sobre una pila de biblias de un kilómetro de altura.

El hombre salió a recibirle con un enorme filete en la mano izquierda. El filete estaba apoyado en el ojo de aquel lado y había señales de golpes también en sus labios y en el pómulos derecho.

—Hoy no trabajo —dijo el sujeto malhumoradamente.

—No he venido a encargarle una fotografía —sonrió Parr—. Usted es Jay Lindall, si la placa que hay en la puerta no miente.

—Soy Lindall, pero ya le he dicho que no...

Parr cerró la puerta. Vio desorden al fondo, en lo que parecía un pequeño archivo, y empezó a sospechar la verdad.

—Apostaría diez a uno que alguien se ha llevado todos los negativos de película, referentes a Heston Gregory y a la señorita Brown —dijo.

—Ganaría —suspiró Lindall, a la vez que se dejaba caer sobre una silla—. Quise negarme cuando me los pidió, pero el tipo me vapuleó de lo lindo... No soy Cassius Clay precisamente, señor Parr.

—Ah, me conoce —dijo el joven.

—He visto su retrato en los periódicos. Tiene un mal caso, abogado.

—Deje eso de mi cuenta —contestó el joven—. Dígame, ¿por qué sacaba tantas fotografías de Gregory junto a la señorita Brown?

—Me lo pidió él. Pagaba bien, ¿porqué negarme?

—Pero, no le dio alguna razón sobre su petición.

—No, ni yo se lo pedí siquiera. Gregory solía avisarme del lugar donde podía encontrarlos. Yo iba allí, disparaba unas cuantas placas y luego le entregaba las fotografías.

—Pero se quedaba con los negativos.

—Eso sí es cierto —admitió Lindall.

—No conseguiré nada por esta parte —se lamentó Parr—. Otra cosa, por favor. ¿Conoce al tipo que le ha saqueado el archivo?

—No, nunca le he visto.

—Describalo, por favor.

Lyndall se concentró unos instantes.

—Es más bajo que usted —dijo al cabo—. Pero un hércules, casi tan ancho de hombros como alto, con unas manos como arietes... Creo que sólo me ha acariciado; si me hubiese pegado con todas sus fuerzas, me habría arrancado la cabeza de un solo golpe.

—Un hércules, vamos —sonrió el joven.

—Puede asegurarlo. Nunca lo había visto y espero no volver a verlo jamás.

—Está bien. Muchas gracias —dijo Parr.

Ya no conseguiría más de Lyndall. Resultaba evidente que Gregory había contratado al fotógrafo a fin de conseguir pruebas de que se reunía con Peggy muy frecuentemente. Pero seguía sin comprender los motivos que le habían llevado a hacer una cosa

semejante.

Algo era cierto sin embargo: después de muerto, Gregory había conseguido que se considerase el crimen motivado por los celos.

Y entonces se acordó de la mujer con la que, según sus informes, iba a casarse Gregory, Peggy se había enterado del compromiso y el despecho la había impulsado al asesinato.

Inmediatamente, tomó una decisión.

—Será cosa de hablar con Dee Swinney —murmuró.

Era una mujer de unos treinta años, alta, de figura arrogante y expresión desdeñosa. A juzgar por el ambiente de la casa en que vivía, el dinero no había sido nunca problema para la señora Swinney, pensó Parr mientras esperaba a ser recibido por la dueña de la mansión.

Dee Swinney se hizo visible al fin. Tras los primeros saludos, indicó una silla al joven. Parr le expresó sucintamente los motivos de su visita.

Ella rió desdeñosamente.

—¿Yo? ¿Casarme con Gregory? Pero, señor Parr, ¿de dónde ha sacado usted semejante estupidez? ¿Quién le ha contado esa fantasía que sólo podría tener cabida en mentes débiles e inestables?

—Quien me informó de ello tenía buenos motivos para saberlo. Gregory la pretendía a usted, señora.

—Bien, Gregory me cortejaba y no tengo inconveniente en admitirlo. Un par de veces cenamos juntos y fuimos al teatro, pero la cosa no pasó a mayores. Cuando empezó a insinuarse, buscando una mayor profundidad en nuestras relaciones, corté en seco.

—Tengo entendido que era un hombre muy guapo...

—Señor Parr, no soy tonta y sé lo que valgo en todos los sentidos —contestó Dee fríamente—. Confieso que la compañía del señor Gregory me agradó en un principio. Pero no le conocía y juzgué prudente encargar una investigación sobre su persona. Los informes que recibí sobre dicho individuo resultaron poco agradables. Entonces fue cuando le dije que no volviera a verme, aunque sé que él continuaba diciendo por ahí que íbamos a casarnos.

—No tengo nada más que decirle, señora Swinney —manifestó—. Le quedo muy agradecido por su amabilidad y le ruego dispense

las molestias que le he ocasionado.

Dee le miró a través de los párpados entornados.

—Al contrario, he tenido un gran placer en conocerle, abogado. Por cierto, tengo un asunto que me está dando muchos quebraderos de cabeza... ¿No querría encargarse usted de solucionarlo?

—En estos momentos me resulta imposible, señora —se excusó Parr Dee le tendió la mano.

—Venga cuando esté más descargado de su trabajo. Le aseguro que no lo lamentaré.

Parr notó una llamada en la presión de la mano de Dee. Era una mujer rica, caprichosa. Simplemente, tenía ganas de una aventura con alguien que le agradaba.

—Haré todos los posibles —se despidió.

El teléfono sonaba cuando llegó a su habitación del hotel.

Levantó rápidamente el auricular y dijo:

—Parr...

—Jory. Ya sé quién lo hizo, Neil.

—¿El revólver?

—Sí. Se llama Trick Walton y vive en Mulberry Place, tres mil setecientos uno.

—¿Estás seguro de que es el tipo?

Mittaw soltó una risita.

—Se sabe que en los últimos tiempos tenía los bolsillos vueltos del revés. Ayer enseñaba un fajo de billetes de un dedo de grueso. Conociendo su maestría en la profesión... Bueno, Neil, tú mismo puedes sumar dos y dos, ¿verdad?

—Gracias, Pico Fino.

Parr colgó el teléfono. Mientras se lavaba las manos, pensó que su amigo tenía bien merecido el apodo. Luego decidió que no podía perder más tiempo; tenía que hablar con Walton cuanto antes.

El teléfono sonó de nuevo. Esta vez era Kathy Mall.

—Tengo noticias para ti, Neil —dijo la artista.

—Bueno, suéltalo de una vez, muñeca. ¿De qué se trata?

—Tace Brook. ¿Lo conoces?

—Me suena. ¿Qué pasa?

—Anoche, a última hora, estuvo hablando con Shann. No pude escuchar toda la conversación, pero noté claramente que Brook estaba poniendo a Shann en un aprieto. Además, mencionaron tu

nombre.

—¿Seguro, Kathy?

—Segurísimo, Neil. No puedo equivocarme.

—¿Qué decían de mí?

—Algo poco agradable. Shann se resistía. Brook le amenazó con ponerlo de patitas en la calle. Yo diría que Shann debe un montón de pasta al otro, ¿comprendes?

—Ya. ¿Qué más, Kathy?

—Brook mencionó a cierto individuo, muy hábil en su oficio, de los que no fallan jamás, aunque no dijo a qué se dedicaba. Pero sí le ordenó a Shann que lo contratase para que actuase cuanto antes. Esto me huele muy mal, Neil, te lo digo con toda sinceridad.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, Kathy. ¿Recuerdas el nombre de ese tipo?

—No pude oírlo bien, lo siento. Me pareció algo así como Inski... Polaco o ruso...

—Trataré de localizarlo. De nuevo gracias. Adiós.

Parr dejó el teléfono nuevamente en su sitio.

—Un tipo muy hábil en su oficio, no falla jamás... —Se estremeció bruscamente. La deducción resultaba fácil—. Un asesino profesional —murmuró.

Los intentos pasados habían fallado, quizá porque habían sido ejecutados por matones poco habituados a sutilezas. Pero un asesino profesional era algo distinto. Su oficio era matar y lo haría con enorme experiencia y sin el menor riesgo. A un precio muy elevado, claro, pero a la víctima no le importaba nunca cuánto se había pagado por su muerte.

Debería tener los ojos bien abiertos, pero el asesino aún tardaría algún tiempo en actuar. Mientras, la conversación con Walton, el hombre que había robado el revólver de Peggy resultaba ineludible.

—Ahora mismo —decidió, a la vez que echaba a andar hacia la puerta.

CAPÍTULO VII

Trick Walton salió de su casa, satisfecho de la vida. En aquellos momentos, le hubiera gustado vivir en épocas pasadas. Así, los billetes que crujían en su bolsillo del pantalón, habrían sido monedas de oro y producirían agradables tintineos.

Pero el dinero era siempre dinero, se dijo, mientras se disponía a acudir a la cita que tenía concertada con una dama que se le había mostrado esquiva hasta entonces y precisamente a causa de su debilidad pecuniaria. La dama sabía que ahora tenía dinero en abundancia y estaba dispuesta a otorgarle sus favores.

Un hombre se le acercó de repente, con un periódico en la mano izquierda.

—¿Walton?

El ladrón miró al hombre que le interpelaba.

—Sí, pero ahora tengo prisa...

—No tienes más prisa que la que es necesaria para ir al cementerio.

Walton se puso pálido. Antes de que pudiera hacer nada, debajo del periódico se oyó un ligero chasquido.

Los ojos de Walton se dilataron por el asombro. El asesino disparó por segunda vez.

Walton empezó a caer, mientras el otro se metía en un coche que le aguardaba a pocos pasos de distancia. El automóvil desapareció casi antes de que Walton se hubiese tendido en la acera.

Parr llegó minutos más tarde y vio un coche blanco y negro, y también un grupo de gente arremolinada en torno a un determinado lugar. Un oscuro presentimiento le asaltó en el acto.

Discretamente, se acercó al grupo de gente. Había dos policías

tomando notas. Uno de ellos, arrodillado junto al cadáver, se levantó de pronto.

—Era Trick Walton —dijo—. Avisa a la ambulancia y al forense.

—¿Está muerto? —preguntó el otro policía.

—Más que mi abuela. Nadie oyó nada, de modo que el asesino tuvo que usar silenciador.

Parr ya no quiso seguir escuchando. Walton no diría jamás quién le había pagado por robar el revólver de Peggy.

—Es un serio contratiempo —dijo Parr más tarde, mientras encendía el cigarrillo que había ofrecido a su cliente—. A Walton le han hecho callar para siempre...

—¿Esperabas acaso que le hubiesen permitido declarar en el juicio? —preguntó la joven.

—No sé... Pero si hubiese podido hablar con él...

—Walton podría no actuar violentamente; en realidad, detestaba la violencia. Pero tenía la moral de un caimán hambriento y hacía cualquier cosa con tal de ganarse un puñado de billetes. Siempre que él no tuviese que apretar el gatillo o dar de palos a alguien.

—Bueno, ahora está purgando sus faltas. Peggy, no voy a negarte que lo tenemos mal. Sin embargo, pienso que tenemos una posibilidad.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—El testigo que te vio matar a Gregory. Creo que concentraré mis esfuerzos en el interrogatorio cuando me llegue el turno en el juicio.

—¿Crees que conseguirás algo, Neil?

—Peggy, ese testigo es el punto débil de la acusación, pese a que el fiscal Yardley sostenga lo contrario. Si no fuera así, ¿por qué ese empeño en quitarme de en medio?

Ella hizo un movimiento afirmativo.

—Si, creo que tienes razón. Pero, de todas formas, un solo testigo no es suficiente. Se necesita corroboración de su testimonio...

—Peggy, eso ya lo sé. Pero tienes en contra que el arma usada contra Gregory era tuya, que no se encontraron otras huellas dactilares que las tuyas y que la guardabas en un cajón en el que no se han apreciado señales de violencia. Muerto Walton, ¿quién creerá que te robó el arma? Además, encontraron tu coche parado

junto a la casa de Gregory; te diste a la fuga, permaneciste escondida unos días... Al jurado le impresionará mucho la declaración de Wilkins, aunque no tenga quien la corrobore, ¿comprendes?

Parr hizo una ligera pausa y añadió:

—Quizá, de esa forma, pueda conseguir una apelación para un nuevo juicio, pero ello no significa que te vayan a soltar. Pueden pasar muchos meses antes de que se celebre el nuevo juicio y...

—¿Te sientes desanimado? —preguntó Peggy sonriendo.

—A veces. De todas formas, insisto: creo que debo concentrar mis esfuerzos en el interrogatorio de Wilkins.

—Bueno, tú eres el experto y sabes mejor lo que debes hacer —dijo la joven.

—En ocasiones, lo dudo. Si tuviera una pista acerca del verdadero asesino...

—¿Qué harías en tal caso?

—Podría obligarle a hablar. O tal vez demostrar que fue él quien asesinó a Gregory. Pero eso me parece que es algo así como un sueño imposible.

Peggy le dirigió una profunda mirada.

—Una vez me dijiste algo parecido —murmuró.

—Lo sé.

—Y no quisiste aceptar mi proposición...

—Tenía otros planes para el futuro, Peggy. La verdad, no me agradaba ponerme un uniforme como el tuyo, aunque sin faldas, claro.

—No es tan mala profesión, Neil. Sin embargo, debo admitir que tenías razón. Ya eres doctor en Derecho y eso te ofrece buenas perspectivas.

Parr sonrió.

—Fueron unas semanas maravillosas en la cabaña, ¿verdad?

—Es el mejor de mis recuerdos, pero también es algo que no volverá a repetirse —dijo ella ensoñadoramente.

—Peggy, hay algo que debes saber. Nunca lo dije a nadie. Jamás he mencionado aquella época...

—Yo también he callado, Neil.

Durante unos segundos guardaron silencio. Luego, Parr se puso en pie.

—Por cierto, ¿te suena el nombre de un tipo polaco o ruso... acabado en Inski o algo por el estilo?

—¡Katzinski! —exclamó ella instantáneamente.

—¿Lo conoces?

—Le llaman la Peste Negra. Es un asesino profesional, nadie ha dado jamás con él... y nunca ha fallado un trabajo. ¿Por qué lo preguntas, Neil?

—Oh, por nada...

—Neil, tú me ocultas algo —exclamó la joven—. ¿Han contratado a Katzinski para acabar contigo?

Parr se echó a reír.

—Soy indestructible —contestó.

—Pico Fino, voy a estar unos cuantos días sin salir del hotel —dijo Parr aquella misma noche por teléfono.

—¿Pasa algo?

—Viene Peste Negra. ¿Has oído hablar de él?

—¡Jesús! —Se horrorizó Mittaw—. ¿Cómo lo sabes, Neil?

—Lo sé y basta. Mientras, necesito que averigües quién es Tace Brook. Yo no lo conozco pero sé que está relacionado con el contrato de Katzinski.

—Muy bien te llamaré en cuanto sepa algo.

Mittaw colgó el teléfono. Parr llamó a continuación a recepción y pidió un par de botellas, agua tónica, hielo y cigarrillos. Luego se sentó junto a la ventana, casi oculto por las cortinas y oteó la calle.

Pico Fino le llamó dos días más tarde.

—Brook es la mano derecha de Pentland Hoffer. Ahora bien, éste es un dato que muy pocos conocen. Precisamente porque las entrevistas de los dos tipos pueden contarse con los dedos de la mano. Hoffer y Brook se comunican casi exclusivamente por teléfono.

—Comprendo. Oye. ¿Hoffer no tenía algo que ver con el caso Swardon?

—¿El tipo de la media tonelada de droga?

—Sí, el mismo.

—No sé... Procuraré informarme. Algo me parece haber oído, pero no estoy seguro...

—Ten cuidado. Jory. El asunto está al rojo vivo.

—Sí, lo sé. Y tú no te fíes; Katzinski es el hombre más astuto que

puedas imaginarte.

Parr volvió a la ventana. Era algo muy aburrido, pero sabía que no podría moverse con tranquilidad mientras no se hubiera deshecho de Katzinski.

Pasaron dos días más. Mittaw volvió a llamarle.

—Tenías razón. Swardon era el que llevaba el asunto de la droga, pero por orden de Hoffer. Estas cosas no se pueden probar, claro...

—Sí, me lo imagino. ¿Qué más, Jory?

—Swardon decidió cargar con toda la culpa, a fin de evitar problemas a Hoffer. Yo diría que Hoffer quiere sacarlo libre del asunto, pero no sé cómo va a conseguirlo.

—Está bien. Agudiza el oído y procura captar algo sobre Peste Negra.

—Descuida, Neil.

Parr no salía de su habitación ni siquiera para comer. Todas las comidas le eran servidas por las camareras del hotel y ya empezaba a conocerlas. Más de una se le había insinuado y en ocasiones se había sentido tentado de aceptar lo que a veces era una invitación descarada, pero no podía relajar su vigilancia, un solo instante.

Por las noches, cerraba la puerta con doble vuelta de llave. Además, colocaba una cuerda atravesada, a un pie del suelo, de modo que cualquier intruso tropezaría inevitablemente y haría ruido. Junto a la ventana, puso una silla a punto de volcarse. Así podía dormir tranquilamente, aunque muchas veces se despertaba sobresaltado, porque presentía que tenía la solución al alcance de la mano y, sin embargo, no era capaz de encontrarla.

Por la mañana del séptimo día, la camarera entró en la habitación empujando el carrito con el desayuno. Parr estaba en el baño, con la puerta abierta, enjabonándose la cara para afeitarse, en mangas de camisa. A través del espejo pudo ver a la camarera que se disponía a prepararle el desayuno.

Aquella camarera era nueva. Todas las que le habían servido hasta entonces eran jóvenes y más o menos atractivas. La recién llegada parecía una agria solterona de cuarenta años de edad.

Una vez se movió en torno a la mesita de ruedas y vaciló aparatosamente, de modo que apenas si pudo mantener el equilibrio. Parr lo vio por el espejo y una especie de timbre de

alarma resonó en el interior de su cerebro.

Aquella camarera tenía dificultades con los tacones altos. Pero esto no solía ser corriente y menos en una mujer ya de cierta edad, que no era precisamente una chiquilla que se ponía zapatos de tacón alto por primera vez.

De súbito lo comprendió. La camarera era un hombre. «¡Katzinski!», se dijo silenciosamente.

El asesino estaba allí, dentro de su habitación, a solas con su víctima. Katzinski llevaría armas, en tanto que Parr no disponía siquiera de un cortaplumas.

Simulando indiferencia, aunque tenía los nervios a punto de estallar, Parr cerró la puerta de un taconazo. Luego saltó hacia atrás, en completo silencio.

Se preguntó si Katzinski iba a aguardarle fuera. De pronto, vio que el picaporte de la puerta del baño empezaba a girar muy despacio.

No, Katzinski quería liquidarle allí mismo. Usaría una pistola con silenciador. Nadie se enteraría hasta mucho más tarde.

Desesperado, Parr trató de buscar una solución. De pronto se dio cuenta de que aún tenía en la mano la maquinilla de afeitar.

Rápidamente, sacó la cuchilla y aguardó, con los nervios en tensión. La puerta se abrió un poco más y Parr no pudo ver la mano que surgía, empuñando una pistola, con el cañón prolongado en el siniestro cilindro del silenciador.

Con gesto fulgurante, sujetándola con el índice y el pulgar, movió la cuchilla. Fue un feroz tajo, lanzado al dorso de la mano de Katzinski. Parr sintió claramente el contacto de la cuchilla con los huesos de la mano.

Un chorro de sangre saltó con violencia, mientras el asesino emitía un horripilante alarido. La pistola cayó de su mano y Katzinski, viéndose descubierto, echó a correr.

Parr se lanzó en su persecución. El asesino volcó la mesita del desayuno. Parr tropezó con ella y rodó por el suelo, en medio de un enorme estrépito.

Katzinski consiguió salir al pasillo. Sonaron gritos de terror. Parr se puso en pie y continuó corriendo. Fuera, un par de camareras aparecían espantadas por la imagen de aquella supuesta colega que huía arrojando chorros de sangre por la mano abierta de lado a lado

en el dorso.

El asesino alcanzó una puerta en la que había un operario de mantenimiento. El hombre no sabía qué hacer, perplejo por algo que le costaba entender. Katzinski llegó a su altura, lo apartó de un manotón y se precipitó a través de la puerta.

—¡Por ahí no, estúpida! —chillo el operario.

Parr supo que el hombre creía aún que se enfrentaba con una camarera auténtica. Pero en el mismo instante, oyó un terrible alarido que se alejaba velozmente hacia las profundidades del edificio.

—Maldita tonta... —gritó el operario—. No se dio cuenta de que faltaba el ascensor...

Parr se asomó al hueco. Doce pisos más abajo, divisó una forma inmóvil en el fondo del ascensor.

—La perseguía usted, ¿eh? —dijo el técnico—. ¿Le parece bien corretear detrás de las empleadas del hotel? ¿Se da cuenta de que por su culpa esa pobre mujer está muerta?

Parr dirigió una furiosa mirada al hombre.

—¡Cállese, imbécil! No era una mujer; era un asesino contratado para matarme —barbotó.

El operario se quedó con la boca abierta. Parr dio media vuelta. Aunque no le gustaba sabía que tendría que informar al capitán Mulvoney.

CAPÍTULO VIII

—¿Qué te ha dicho ese viejo tigre? —preguntó Peggy aquella misma mañana.

—Bueno, es la primera vez que le he visto contento por algo —sonrió el joven—. Dijo que era una lástima que no pudiera tener facultades para darme una medalla, pero que había librado al mundo de una plaga y que muchos dormirían tranquilos a partir de hoy. Yo el primero, naturalmente.

Peggy se sintió preocupada.

—Neil, ¿cómo pudo filtrarse Katzinski en el hotel?

—Muy sencillo. Llegó hace tres días, se inscribió bajo el falso nombre de Barry Jones y empezó a estudiar mis costumbres. En vista que yo no salía, decidió atacarme en mi propia fortaleza. Esta misma mañana, pidió el desayuno un poco antes de lo normal. Ya tenía prevenida una peluca, así que inmovilizó a la camarera, atándola y amordazándola, y luego se puso su uniforme. Pero cometió un error.

—¿Sí? —preguntó ella.

—Debería haberse entrenado para llevar zapatos de tacones altos —sonrió Parr.

El semblante de la joven se animó un tanto.

—Hombre, no se lo eches en cara a estas alturas —bromeó—. Uno no puede estar en todo...

—Peggy, hay un dicho que tú conoces tan bien como yo, y que afirma: «La policía puede cometer cien errores, pero al asesino le basta con uno solo para perderse».

—Sí, muy cierto —convino ella—. Y, ¿qué piensas hacer ahora? Parr arrugó el entrecejo.

—Posiblemente, hablaré con Burdett Shann esta misma noche.

El fue, aunque a regañadientes, quien contrató a Katzinski, por orden de Tace Brook, brazo derecho de Pentland Hoffer. Ya ves la cadena dónde empieza...

—¡Hoffer! —exclamó Peggy—. Se rumoreaba que estaba relacionado con el caso Swardon.

—Lo está, sin duda alguna, y de ahí derivan todos tus problemas.

—Pero yo tuve muy poca intervención en el asunto. Además, todavía no se ha juzgado a Swardon. Su abogado está dilatando el juicio con diversas argucias legales, con el fin de procurar que se enfríe la cosa y ver, de este modo, de conseguir una condena menos severa o tal vez un posible desacuerdo en el jurado cuando llegue a emitir su veredicto.

—Bien, el caso es que Swardon, aunque indirectamente, tiene relación con tus problemas. Lo mismo que Gregory, opino.

—No sé qué decirte... —dudó ella—. Me extraña mucho que un hombre de tan elevada posición como Hoffer quiera comprometerse con un vulgar traficante de drogas. Bueno, no tan vulgar, si lo miras bien, porque se trataba nada menos que de media tonelada...

—¿Y si Swardon sabe algo que pueda comprometer gravemente a Hoffer?

Peggy se puso rígida.

—Quizá tengas razón —murmuró—. Y ahora que mencionamos el asunto, recuerdo que Gregory, en cierta ocasión, me habló de examinar el expediente de Swardon. Yo le contesté que eso era imposible, que no tenía autorización para sacarlo del archivo, y él pareció desentenderse ya del asunto. No volvió a mencionarlo de nuevo, aunque bien es verdad que lo mataron dos días más tarde.

—Peggy, ¿quién está encargado del caso Swardon? —preguntó él.

—El teniente Shackleton. ¿Por qué quieres saberlo?

Parr se puso en pie.

—Voy a verle inmediatamente —exclamó.

Shackleton era un hombre maduro, con aspecto de hallarse de vuelta de todas las miserias y flaquezas humanas, y al que parecía importarle un comino todo lo que sucedía a su alrededor. Sin embargo, Parr supo adivinar que era una actitud deliberadamente estudiada. Más de uno se habría llevado un chasco al enfrentarse

con un oficial de policía aparentemente tonto, se dijo. Y gracias a su «pose», Shackleton debía de haber conseguido grandes éxitos en su departamento.

—¿Swardon? —dijo el teniente, después de que Parr le hubiese formulado su petición—. ¿Por qué quiere leer ese expediente?

—Si me lo deja, se lo explicaré más tarde. Si no me lo va a dejar leer, no hace falta que conteste a su pregunta.

Shackleton emitió un bufido.

—Ésa no es forma de hablar, abogado.

—Teniente, ¿qué opina usted de la sargento Brown?

—Es una buena chica, inteligente, avispada, laboriosa como una abejita... pero también una asesina, si es cierto que mató a Gregory, claro.

—¿Le gustaría que yo demostrase su inocencia?

—Hombre, desde luego...

—Entonces, permítame leer ese expediente. Luego comentaremos su contenido.

—Está bien.

Suspirando como si se sintiera infinitamente cansado, Shackleton se puso en pie, fue a un armario archivador, sacó una llave y abrió uno de los cajones. Segundos más tarde, Parr le oyó lanzar una maldición.

—¿Qué sucede, teniente?

Shackleton se volvió hacia el joven.

—¡Han robado el expediente Swardon! —exclamó.

—Si no es muy importante lo que tiene que decirme, abogado...

Parr estudió durante unos segundos al dueño del Silver Odeón, grueso, fofo, casi completamente calvo, rebosando grasa por todas partes. Burdett Shann sudaba copiosamente y la temperatura no era demasiado elevada.

«Tiene la conciencia como un túnel a las doce de la noche», pensó el joven.

—Estaba acordándome de un tal Katzinski —dijo al cabo.

Shann se pasó un dedo entre su húmedo cuello y el de la camisa.

—No lo conozco.

—Es posible. Katzinski no era conocido de la mayoría de la gente, pero algunos sabían cómo contratar sus servicios. ¿Qué le debe usted a Hoffer?

—¿Hoffer? No tengo ninguna relación con él...

—Personalmente, no, pero si a través de Tace Brook. La deuda, ¿es dinero o se trata quizá de algún secreto inconfesable que podría ponerle en aprietos, si se divulgase?

—Señor Parr, ¿por qué ha venido a molestarme? —se lamentó Shann—. Soy un hombre honrado, que vive de los ingresos que le produce este local, a costa de muchos quebraderos de cabeza...

—No me venga ahora con el cuento de la lástima —dijo el joven fríamente—. Sé que usted contrató a Katzinski, pero le hago el favor de admitir que no lo hizo por propia iniciativa, como tampoco envió a Fred el Tigre al estudio de cierto fotógrafo para recobrar unos negativos de película porque le interesaba. Se lo ordenó Brook y, aunque no se pueda demostrar oficialmente, usted sabe que es cierto.

Shann desvió la mirada.

—Si se supiera, podría costarme un disgusto...

—Yo no diré nada, así que puede hablar. Ni siquiera mencionaré esta conversación el día del juicio, porque el fiscal no la admitiría. Pero puede servirme para conseguir otros datos. Vamos, ¡suelte la lengua!

—Está bien. Tengo una hipoteca sobre el local. Hubo una época en que pasaba una mala racha y tuve que buscar dinero a cualquier precio. Hoffer la ha comprado y amenaza con ejecutarla si no hago lo que él me dice.

—¿He oído Hoffer?

—Sí —admitió Shann de mal humor.

—Pero usted puede rescatar la hipoteca si sus negocios marchan bien —alegó Parr.

—Hace dos meses, tuve que pedir una prórroga. Estaré en condiciones de cancelar el préstamo dentro de medio año, no antes.

—Y hasta entonces, está atado de pies y manos.

Shann hizo un gesto de impotencia. Parr sonrió.

—Agradezco mucho su colaboración y, puede estar seguro, no diré nada... en el juicio. ¡Buenas noches!

El joven abandonó el despacho privado de Shann, donde había tenido lugar la entrevista. Al cerrar la puerta, se vio frente a un sujeto que le miraba torvamente.

Aunque no lo había visto nunca hasta entonces, lo reconoció

fácilmente.

—Fred el Tigre —sonrió.

Era el mismo que había apaleado a Lyndall, el fotógrafo. Lyndall, se dijo Parr, no había exagerado en absoluto al describir al matón.

—El apellido es Philick, pero eso poco importa —dijo el Tigre—. Lo único que interesa es que está metiendo la nariz en sitios que no le interesan. Y yo le voy a curar de esa maldita manía.

—¿De veras? ¿Cómo, Tigre?

—Así —contestó el hércules.

El puño de Philick se disparó con terrorífica potencia, pero no con la suficiente velocidad. Parr ladeó la cabeza y aquella colosal mano cerrada pasó rozando su hombro y fue a golpear la puerta.

Se oyó un tremendo crujido. La puerta era muy resistente, pero el puño de Philick hizo un agujero enorme, a la vez que despedía astillas al otro lado. Philick lanzó un aullido de dolor y su cara se contorsionó horriblemente.

Forcejeó para sacar el puño. Parr decidió que no había motivos para no devolver el cumplido, pero tampoco quería estropearse el puño en una cara que parecía de granito. Levantó el pie derecho y asestó una terrible patada, dirigida a la rodilla del hampón.

Philick gritó angustiosamente. Parr repitió el golpe, ahora a la otra rodilla, y el Tigre se desplomó aullando como un poseído. Shann, alarmado, abrió la puerta de su despacho.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó.

Parr señaló al matón, que se revolcaba de dolor por el suelo.

—Parece que es aficionado a trabajar por propia iniciativa... o quizá porque se lo haya ordenado Brook, sin contar con usted —dijo.

El rostro de Shann se puso gris. Parr hizo un gesto con la mano y echó a andar. Kathy estaba en la puerta de su camerino.

—De buena gana, te daría un beso por lo que has hecho, pero no quiero que me vean —dijo la artista.

—Tal vez vaya a pedírtelo a tu casa —contestó él.

—Siempre tendrás las puertas abiertas... —Kathy le guiñó un ojo—. Y la cama preparada.

Parr sonrió y continuó su camino. Debía pensar en la estrategia que debía emplear, a fin de contraatacar a Hoffer a quien, ahora lo

sabía con toda certeza, podía culpar sin temor a errar de haber organizado la conspiración para deshacerse de Peggy.

¿Era el caso Swardon el culpable de lo que le pasaba a Peggy? Ella le había dicho que su intervención en el asunto no había sido demasiado relevante. Sin embargo, Swardon podía verse con una condena mínima de veinte años. Y era fácil suponer que no le agradaba la perspectiva en absoluto.

Parecía lógico pensar en algo que Swardon conocía respecto a Hoffer y muy comprometedor. Tendría que averiguarlo... y lo mejor era preguntárselo al propio Swardon.

Pero también le convenía hacer otra cosa, sabiendo que Gregory había tenido alguna relación con el caso, y decidió empezar al día siguiente, por la mañana.

Apenas hubo desayunado, tomó el teléfono y llamó al fiscal.

—Le agradecería infinito me enviase una copia de cada una de las fotografías en que aparece la sargento Brown con Heston Gregory —pidió.

—Ya las vio en mi despacho —alegó Yardley.

—Quiero una copia de cada fotografía, señor fiscal —insistió el joven—. No puedo pedirle que me envíe a su testigo, pero sí me parece legal disponer de esas copias. Si usted decide lo contrario, formularía la petición ante un juez. Al público no le gustaría saber que usted trata de obstruir la justicia, denegando posibles pruebas favorables a la defensa.

—Pero si no tengo los negativos...

—Oh, vamos, vamos, señor fiscal. Usted sabe muy bien que se pueden sacar copias de una fotografía, aun sin los negativos. ¿Podrá tenerlas listas para esta misma tarde?

—Creo que sí —cedió Yardley finalmente—. Se las enviaré a su hotel.

—Muchas gracias, querido colega, aunque adversario —se despidió el joven con cierta ironía en la voz.

Luego se vistió, porque quería visitar a Swardon en la cárcel.

CAPÍTULO IX

Hack Swardon era un sujeto muy duro, pensó *Parr*, apenas le puso la vista encima. Tenía unos cinco años más que él y, bien vestido, debería haber ofrecido una apariencia sumamente atractiva para las mujeres. Pero en sus ojos había frialdad de hielo y astucia de zorro viejo.

—No sé qué tengo yo que ver con el caso *Gregory* —dijo, apenas hubo cambiado unas palabras con el visitante—. Mi asunto es completamente distinto y ya estaba en la cárcel cuando apiolaron a *Heston*.

—Lo sé —contestó *Parr*—. Pero a usted le pillaron con media tonelada de droga encima y eso puede costarle un montón de años de cárcel. Sabe que se encuentra en una posición muy crítica y, naturalmente, quiere acabar lo mejor librado posible.

—¿Y quién no? —rió *Swardon* agriamente—. Pero no me conceden la libertad bajo fianza...

—Y por eso está presionando a *Hoffer* para que le saque de este lío.

Swardon se puso tieso al otro lado del cristal de la sala de entrevistas.

—¿Quién le ha dicho...?

—Vamos, no me tome por un pardillo —sonrió el joven—. Usted sabe algo muy perjudicial para *Hoffer* y éste busca por todos los medios sacarlo de la cárcel o, por lo menos, procurar una sentencia muy inferior a la que le corresponde. Hasta, incluso, según se desarrollen las cosas, podría ser absuelto en el juicio... Pero si no conociese algún secreto de *Hoffer*, usted no tendría ninguna posibilidad de eludir una condena mínima de veinte años. ¿Me equivoco?

Swardon soltó una maldición.

—Es usted un maldito entrometido...

—*Hack*, sea realista. Acabaré por demostrar la inocencia de la sargento Brown. Si cree que tendiendo una encerrona a esa chica, va a salir usted libre, está muy equivocado. Podrá callar lo que sabe de Hoffer y éste será el único beneficiado. Pero usted acabará pudriéndose en San Quintín, y lo sabe tan bien como el mejor.

—No quiero hablar, no quiero decirle más —vociferó Swardon, súbitamente descompuesto—. Yo no le he pedido que venga a verme, ni necesito de sus malditos consejos...

—Entonces, ¿no quiere hablar?

—¿Hablo en chino?

Parr se puso en pie.

—Voy a decirle una cosa, *Hack*. Usted confía en Hoffer y éste, a su vez, sabe que usted le tiene cogido por el cuello. Pero Hoffer puede cansarse de bailar al son que usted le toca y ordenar que le supriman esa molestia.

Swardon sonrió.

—¿Aquí, en la cárcel? No me dirá que va a meter a uno de los pistoleros de Brook...

—Gracias por haber mencionado a Brook —dijo Parr. Swardon maldijo de nuevo. Parr se puso un cigarrillo en la boca.

—No, Brook no enviará a uno de sus matones a la cárcel. Pero no es la primera vez que se produce una pelea en el patio y que alguien se encuentra un palmo de hierro entre las costillas, sin que nadie sepa luego quién le ha pinchado. Tenga esto muy en cuenta... y llámeme apenas haya decidido soltar la lengua.

Parr se marchó. No confiaba demasiado en la rendición de Swardon.

—Demasiado duro —dijo, a la vez que pasaba un cigarrillo encendido a su cliente.

—¿Tú crees? —preguntó Peggy.

—Si. Es indudable que Swardon sabe algo muy gordo de Hoffer, de lo contrario, éste no habría ideado una trama semejante, tan complicada, para meterte en la cárcel, acusada de asesinato. Pero si Swardon se niega a hablar, y no podemos forzarle a ello, entonces tendremos que atacar el problema desde otro punto.

—A mi no se me ocurre nada, Neil —confesó Peggy desalentada.

—Todavía no podemos considerar el barco hundido, aunque estemos con el agua al cuello. Aunque en escasa intensidad, tomaste parte en el caso Swardon. ¿Cuál fue, exactamente, tu cometido?

Peggy se lo explicó. Parr levantó las cejas, sorprendido.

—¡Caramba, y todavía dices que fue una intervención mínima! —exclamó—. Tendrás que declarar en el juicio, naturalmente.

—Así es, Neil.

—Pues, a juzgar por lo que he oído, eres el testigo principal contra Swardon. Pero ahora, imagínate lo que puede creer un jurado de un testigo que está acusado de asesinato. O ya condenado por ese delito. Teóricamente, no hay relación alguna entre ambos casos, pero no podríamos evitar que el jurado los relacionase, siquiera mentalmente, y decidiese no otorgar crédito alguno a tu declaración.

—Creo que empiezo a comprender —dijo la joven—. Nunca se me había ocurrido mirar las cosas desde este punto de vista...

—Había que buscar todos los puntos flacos del caso —dijo él.

Peggy sonrió.

—Tendrás que cambiarte el apodo —dijo—. En lugar Piernas Largas, te llamarán Gran Cerebro.

—Tú me pusiste el apodo —se enfadó él.

—Iba a detenerte y corrías como un campeón de los cien metros lisos —replicó Peggy.

—Bueno, bueno —refunfuñó Parr—, eso ya queda muy lejos.

—Si —suspiró ella—. Yo tenía diecinueve años y era el primer día que salía a la calle. Han pasado ya siete y me parecen siete siglos.

—Siempre fuiste muy espabilada, por eso llegaste a sargento. Peggy, sigamos con lo nuestro.

Parr sacó un papel doblado del bolsillo de su chaqueta y lo puso sobre la mesa. Peggy vio que había un par de rectángulos, con un lado común.

—¿Qué es eso? —preguntó, intrigada.

—Un plano de las dos habitaciones de la casa de Gregory. Quiero que me señales con una equis el punto donde estaba él, el lugar donde estabas tú y el lugar donde viste los fogonazos de los disparos. Antes de trazar una sola línea, piénsatelo bien. Toma, aquí tienes el lápiz.

Peggy cogió el lápiz y meditó unos momentos. Luego trazó tres cruces y dijo:

—Aquí debe haber un hueco, que es la puerta que comunicaba las dos estancias...

—Completaré lo que falta en el plano, colocando esquemas de los muebles que no he dibujado aún —dijo Parr—. Luego ordenaré que me dibujen un plano mucho mayor, a escala uno diez, aproximadamente.

—¿Para qué? —se sorprendió Peggy.

—Lo necesitaré cuando se celebre el juicio —respondió él escuetamente.

Parr sonrió al ver el rostro del hombre que acababa de abrirle la puerta. Los labios de Lyndall estaban ya normales, pero en el ojo izquierdo aún quedaban señales del golpe recibido días antes.

—Parece que ya se encuentra mejor —dijo el joven—. Jay, necesito de sus habilidades.

—No tengo ganas de líos...

—No los habrá para usted, se lo aseguro. Ah, y antes de seguir adelante, déjeme decirle una cosa. El tipo que le golpeó está en el hospital. Tiene la mano derecha destrozada y no creo que vuelva a utilizarla más para pegar a nadie. Por otra parte, tendrá que estar unas cuantas semanas en una silla de ruedas, hasta que se le curen las piernas. Si eso le sirve de algo...

—Hombre, al menos, esta noche dormiré como un bendito —rió Lyndall—. Bueno, ¿qué puedo hacer por usted?

Parr le enseñó una fotografía. Pertenecía al lote que había recibido apenas una hora antes.

—¿Ve esto? —preguntó.

—Si. ¿Qué quiere?

—Una ampliación al máximo, Jay. ¿Estará bien pagada con cincuenta dólares?

—Ya lo creo —contestó el fotógrafo—. Vuelva mañana...

—No —contradijo Parr con firmeza—. Ahora mismo. Esperaré todo lo que sea necesario y, además, me llevaré el negativo. Vamos, Jay, empiece a trabajar.

—Si, señor Parr.

Una hora más tarde, Parr tenía en su poder una fotografía que medía casi un metro de lado. Después de contemplarla largamente,

meneó la cabeza.

—Gregory no supo bien lo que hacía cuando le contrató a usted para seguirle como un fantasma —dijo.

—Pagaba generosamente y estamos en tiempo de crisis —se defendió Lyndall.

—Por supuesto, no le culpo de nada a usted, sino que lo considero totalmente inocente de lo ocurrido. Gracias, Jay.

Lyndall enrolló la fotografía y la metió en un tubo de cartón, especial para tales menesteres. Agradecido, Parr añadió veinte dólares más a la cifra convenida y luego salió a la calle.

Un hombre le cerró el paso.

—Déme la fotografía, Parr —exigió el sujeto lacónicamente.

Hubo un instante de silencio. Parr no conocía al hombre, aunque imaginó fácilmente su identidad.

—¿Brook?

—El mismo.

Tenía unos cuarenta años y era de buena estatura, aunque algo más bajo que el joven. Vestía con gran elegancia y parecía un próspero hombre de negocios. Incluso llevaba un bastón en la enguantada mano derecha.

—¿Y si me niego? —preguntó Parr, tras una nueva pausa.

—Mire hacia el edificio de enfrente —indicó Brook.

El joven obedeció. Al otro lado de la calle, había una casa en construcción, con una docena de pisos ya terminados.

—¿Y bien? —dijo.

—Hay un hombre que le está apuntando con un fusil, provisto de mira telescópica. Si levanto el bastón, apretará el gatillo.

Parr volvió a mirar a Brook y comprendió que su interlocutor no bromeaba. Sí, había un fusilero, encañonándole, aguardando solamente la señal convenida para disparar contra él.

—Muy bien, si no hay otro remedio...

En aquel instante se oyó un terrible alarido.

Los dos hombres volvieron la cabeza hacia el edificio en construcción. Una figura descendía vertiginosamente, moviendo brazos y piernas en enloquecido frenesí. El choque se produjo contra el suelo, con un sonido aterrador.

Parr vio también una cosa larga, que caía junto al individuo, y comprendió que alguien había empujado al pistolero. Brook,

aturdido, parecía incapaz de reaccionar.

El joven se sintió acometido por un acceso de furia, que no fue capaz de dominar. Levantó el pie y lo clavó en la entrepierna de Brook, quien se desplomó rugiendo de dolor.

—Hijo de... —barbotó.

Brook tenía ambas manos entre las piernas. Parr se inclinó, agarró el bastón que el sujeto había soltado y le arreó un golpe en el lado izquierdo de la cara. Brook perdió el sentido instantáneamente.

Parr ya no quiso aguardar más y se alejó con paso rápido de aquel lugar. Sentíase muy intrigado por lo ocurrido, pero comprendía que lo mejor era desaparecer antes de que la policía llegase y empezara a hacer preguntas.

Cuando llegó al hotel, sudaba copiosamente. La ducha fría le relajó de modo notable. Luego se sirvió una buena dosis de *whisky*.

De pronto, sonó el teléfono.

—Parr —dijo.

—Hola, Piernas Largas —sonó una voz de tonos joviales—. ¿Cómo van los ánimos después del mal trago que te han hecho pasar?

—¡Pico Fino! —gritó el joven—. ¿Debo entender que tú...?

—Sí. Estaba vigilando a Brook... Por cierto, los he visto muy nerviosos estos días. Parece que las cosas no salen a su gusto, ¿comprendes?

—Bueno, bueno, deja eso ahora y cuéntame el resto. ¿Qué ha pasado?

—Ellos te seguían y yo los seguía a ellos. Cuando Brook vio que te metías en la casa del fotógrafo, envió a su esbirro a la casa en construcción. Vi que llevaba un maletín de forma alargada y me supuse lo que querían hacer contigo.

—Y le seguiste también...

—Sí. Claro que él no se dio cuenta... Por si no lo sabías, era Stu Oleson, el compinche de Kopfell. ¿Los recuerdas?

—A Kopfell sí. Murió en el callejón...

—Oleson fue el que le pegó el tiro. Estaba dispuesto a matarte.

—Y tú le estropeaste la diversión.

—Oh, fue sencillo. Estaba apoyado en un aparato, con el fusil preparado. Me acerqué por detrás, lo agarré por los tobillos y

empujé hacia arriba. El mismo volteó, por su propio peso.

—Comprendo, Jory.

—Neil, es la primera vez que hago una cosa semejante. Jamás me había visto en un lío igual.

—Te lo agradezco. Te lo agradeceré mientras viva. Nunca lo olvidaré, Jory, te lo prometo. Habrá también algo de dinero porque las palabras solas no son suficientes. Ya nos veremos, Pico Fino.

—De acuerdo. Oye, ¿era muy importante lo que buscabas en casa del fotógrafo?

—¿Me prometes silencio?

—Si, Piernas Largas.

—Es la prueba de las relaciones entre Hoffer y Swardon.

Mittaw silbó.

—Si eso es cierto, ya tienen la cuerda al cuello. ¡Aprieta, Neil, aprieta a fondo!

Parr se echó a reír. Si, aquella pareja de criminales estaban en un grave aprieto, pero aún no se podía decir que estuviesen definitivamente fuera de combate.

CAPÍTULO X

—¡Caramba! —exclamó Sheila, admirada—. Nunca imaginé que fueses capaz de traerme a un sitio tan elegante.

Parr la miró sonriente.

—La invitación tiene un doble objeto, y ya lo sabrás a su debido tiempo. Mientras tanto, prepárate a elegir menú.

Sheila paseó la mirada por el interior del lujoso restaurante en que se hallaban. Maderas oscuras y brillantes, cortesés y eficientes camareros, buenos cuadros en las paredes, blancos manteles, cristalería fina y un atildado maitre que atendía a los clientes con singular eficiencia.

Primero tomaron un aperitivo. Luego la emprendieron con el primer plato. Al terminar, Sheila suspiró gozosa.

—La mejor sopa que he tomado en mi vida —dijo—. Pero este convite te va a costar un ojo de la cara...

—De tu cara. El dinero es tuyo —le recordó él.

—Si sigues así, te quedarás sin blanca en dos días, Neil.

—Volveré a pedirte prestado más dinero. Sabes que acabaré por devolvértelo.

—Bueno, bueno, ya hablaremos de ese asunto en otro momento... ¿Puedo saber para qué me has traído aquí?

—Sí —contestó Parr—. A partir de ahora, y oficialmente, eres mi ayudante en las labores de defensa de la sargento Brown.

Sheila abrió los ojos.

—Pero si yo no entiendo de leyes apenas... No tengo estudios... Neil, ¿te has vuelto loco?

—Si no recuerdo mal, sabes taquigrafía y mecanografía. Hubo un tiempo en que estabas empleada en una oficina comercial.

—Hombre, eso es muy distinto...

—Todavía sigues usando la máquina de escribir para tu negocio.

—Muy cierto. No quiero tener un escribiente; yo me lo hago todo —repuso Sheila.

—Entonces, te tomo como mi secretaria. Así podrás asistir conmigo a las sesiones del juicio.

—Neil, no entiendo en absoluto lo que te propones, pero que Dios nos asista...

—No seas lúgubre —le reprochó él—. Todo saldrá bien, ya lo verás. Y ahora, sígueme la corriente, porque vas a saber cuál es la segunda razón por la que te he traído a este local.

Un hombre se acercó a la mesa ocupada por la pareja.

Parr se puso en pie cortésmente.

—Abogado Parr, soy Pentland Hoffer. ¿Puedo hablar unos momentos con usted?

El joven movió la mano.

—Estoy a su disposición, señor Hoffer —contestó—. Permítame presentarle a mi secretaria, *miss Symes*...

Hoffer respingó.

—¿Esa mujer su secretaria? ¿La dueña de un bar de no muy buena fama?

—Ninguna ley me impide elegir como secretaria a la persona más idónea —contestó Parr agudamente—. En cuanto a sus habilidades, le niego a usted competencia para juzgarla en ese sentido.

—La mala fama de mi bar se debe a los tipos como usted —replicó Sheila ácidamente.

Parr hizo un gesto.

—Calla, Sheila. —Se volvió hacia el otro—. ¿Y bien, señor Hoffer?

—Deseo hablar con usted. En privado —dijo el aludido.

—Ella es mi secretaria. Confío en su discreción.

—Yo, no.

Sheila solucionó la situación, levantándose rápidamente.

—Iré a empolverarme un poco la nariz —dijo—. Les dejo a solas con sus asuntos, caballeros.

Hoffer pareció respirar aliviado. Sentóse frente al joven y le miró penetrantemente.

—Es usted un mal enemigo, Piernas Largas —dijo.

—Doctor Parr, si no le importa —indicó el joven fríamente—. Mejor dicho, le exijo ese tratamiento. O me negaré a escucharle.

Los dientes de Hoffer chirriaron.

—Está bien, doctor Parr —dijo sardónicamente—. Vaya un cambio, ¿eh?

—Menor que el suyo, señor Hoffer. De hombre que ordena, a mendigo que pide una limosna... de silencio. Porque eso es lo que usted quiere de mí, ¿verdad?

—Es usted muy perspicaz, doctor. Sí, quiero su silencio y su inactividad. Naturalmente, bien pagado.

Hoffer sacó un grueso sobre del interior de su chaqueta y lo puso discretamente encima de la mesa.

—Cincuenta billetes de a mil —añadió.

Parr contempló fijamente a su interlocutor. Era un hombre de unos cincuenta y tantos años, de expresión firme, pero ya gastado, aunque no lo aparentase. Hoffer había alcanzado ya una elevada posición y estaba a punto de perderla.

Tenía demasiados años para empezar de nuevo, dedujo. Treinta años atrás, tal vez Hoffer se hubiera dejado derrotar, seguro de reemprender su vida en un plazo relativamente breve. Ahora no, no podía permitirse una derrota que supondría ya su final absoluto.

—Swardon le tiene cogido por el cuello, ¿verdad? —dijo, tras una pausa que había durado casi un minuto.

Hoffer se sobresaltó.

—Ese maldito hijo de perra...

—Pero es cierto.

—En todo caso, no le incumbe a usted.

—Sí, porque tengo que defender a la sargento Brown, acusada de un crimen que no cometió; víctima de una conspiración ideada por usted, para complacer a Swardon. Ésa es algo que no se puede demostrar por ahora, pero que usted y ya sabemos es rigurosamente cierto. Acaso encargó a Gregory que hiciese el trabajo de conquistar a la sargento, pero le resultó demasiado lento a quizás fracasó, y por eso concibió la idea de eliminarla. ¿No es verdad?

La cara de Hoffer tomó un pronunciado tono bermejo.

—No admitiré nada —contestó—. Lo único que quiero es que acepte este sobre y que renuncie a la defensa de la sargento Brown. Ya contrataré yo otro abogado...

—¿MacFahum? —dijo el joven burlonamente.

—Sería un abogado de prestigio, de este modo se acallarían los posibles rumores que pudiera provocar su renuncia. Le garantizo que no contrataré a MacFahum.

—Pero Brown sería condenada.

Haffer se encogió de hombros.

—No la enviarían a la cámara de gas, descuide.

Parr se sintió acometido por la tentación de aplastar a puñetazos la nariz del sujeto. No obstante, consiguió mantener su sangre fría.

—Señor Hoffer, entre usted y yo no puede haber tratos de ninguna clase —dijo—. Trate de entenderlo de una vez y acepte la responsabilidad de sus acciones. ¡Pero no las cargue sobre una persona inocente!

Haffer recogió el sobre de un manotazo.

—Tendrá noticias mías, doctor —dijo rencorosamente.

—Procure que no me las transmita Brook —sonrió Parr.

Pareció que Hoffer iba a estallar, pero no dijo nada. Se puso en pie, dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas, rechazando descortésmente al maitre que había salido a su encuentro.

—¡Qué poca educación! —dijo Sheila, que llegaba en aquel momento.

—Está furioso y tiene motivos —contestó Parr.

—¿Qué te ha dicho?

—He rechazado cincuenta de los grandes.

Sheila agarró su copa de vino y la despachó de un trago.

—¡Jesús, tiene que estar en un aprieto de los gordos para ofrecerte semejante cantidad!

—Lo está y él lo sabe muy bien, mejor que nadie. —Parr sonrió anchamente—. Sheila, ¿qué te parece si continuamos la comida interrumpida?

—¿No has perdido el apetito?

—¡Al contrario, me estoy muriendo de hambre!

—Entonces, que nos sirvan el segundo plato. Yo también estoy hambrienta...

—Ah, Sheila —dijo él—. Tendrás que dejarte el pelo de tu color natural. Es castaño, ¿verdad?

—Hombre, que así, rubia gusto mucho a la clientela...

—Vas a ser mi secretaria y debes adoptar un estilo discreto y

mesurado. Ropa sencilla, elegante, pero severa, y poco maquillaje en la cara.

—Neil, juro por Dios que no te entiendo, pero lo haré todo tal como dices —accedió Sheila—. Pero si fracasas...

—Si fracaso, Peggy será condenada a una larga pena de prisión y yo tendré que buscarme un empleo de conductor de la limpieza pública —dijo Parr.

Oyó el ruido del coche y se volvió, intrigado. La caña con la que pescaba a orillas del arroyo quedó momentáneamente olvidada.

El automóvil se detuvo. Kathy Mall se apeó y Parr, asombrado, salió a su encuentro.

—Kathy, por todos los diablos, ¿qué haces aquí? —exclamó.

La artista cubría sus ojos con unas grandes gafas negras y vestía una blusa y pantalones cortos. Sonriendo, miró a su alrededor y meneó la cabeza.

—Te comprendo, Neil —dijo.

—En cambio, yo no te comprendo a ti. ¿Qué has querido decirme?

—Es un lugar maravilloso, increíblemente bello... Te comprendo y te envidio. O, mejor dicho, la envidio a ella.

—¿Qué?

—Estoy hablando de Peggy Brown, tonto.

—Kathy, me gustaría que te explicases de una vez —pidió el joven—. En primer lugar, ¿cómo has sabido dónde encontrarme?

—Es bien sencillo. Habías desaparecido de la ciudad, nadie conocía tu paradero y yo deduje que podías estar aquí.

—Pero no conocías el camino...

—Una vez, la sargento Brown me dio la llave de la cabaña, indicándome la ruta. Habla un tipo que quería cortarme la cara, porque no accedí a convertirme en su «protegida». Peggy me hizo esconderme una temporada, hasta que tuvo al sujeto a la sombra.

—Parece ser que la sargento hacia muchos favores —comentó él.

—Más de los que te imaginas. No puedes darte una idea de la corriente de simpatía que hay hacia ella, en ciertos ambientes... hasta ahora dominados por Hoffer. Parece un contrasentido, pero es así. Nadie le tiene el menor afecto, salvo los miembros de su círculo y los que actúan para él a la fuerza, como Shann.

—No son malas noticias —sonrió Parr.

—Pues aún las tengo mejores. Walton robó el revólver de Peggy y hay quien lo vio acercarse al coche del propio Hoffer. Lo que pasa es que el testigo no puede aclarar si estaba o no Hoffer en el coche.

—Es interesante, pero no podré hacer valer ese testimonio en el juicio. El jurado ni siquiera lo tendría en cuenta.

—Bueno, pero a ti te servirá para tus pesquisas. Otra cosa, ¿sabías que la noche del crimen se vio a dos mujeres en la casa de Gregory?

—¿Eh? ¿Estás segura?

—Una de ellas, indudablemente, era Peggy. La otra...

Parr se acarició el mentón.

—Sí, yo me había imaginado algo por el estilo, pero lo creía improbable. Tú acabas de confirmar mis sospechas y te lo agradezco enormemente. ¿Sabes quién era la otra mujer?

—No, aunque el que la vio dice que andaba con cierta dificultad, como si padeciese reuma en las piernas o algo por el estilo. Peggy salió disparada por la puerta de atrás. La otra escapó por delante.

—Tienes buenos informadores —sonrió el joven—. Kathy, ¿quieres entrar a tomar una copa conmigo?

—¿Se puede bañar en el remanso?

—Claro, todo lo que quieras.

—Neil, no he traído traje de baño.

—Cerraré los ojos.

Kathy levantó la mano, con fingido ademán amenazador.

—Te prohíbo que lo hagas —exclamó—. Vamos, ¿tan mal me encuentras, que no quieres verme siquiera desnuda?

—Todo lo contrario, Kathy; pero, precisamente para mi tranquilidad, te prefiero vestida...

Ella se le colgó del brazo y lo empujó hacia la cabaña.

—Piernas Largas, ya sé cuáles son tus sentimientos hacia la sargento y me imagino cómo acabará todo. Has venido aquí para relajarte un poco, a fin de llegar al juicio en plena forma.

—Sí, es cierto. Empieza pasado mañana.

—Por eso mismo he venido a estar contigo. Colaboraré en tu relajación... y no pienses que traicionas a Peggy. Necesitas olvidarte durante unas horas de todos tus problemas y yo quiero ayudarte a que lo consigas. Después, nos separaremos y quizá ya no volvamos a vernos de nuevo.

—Mujer, ¿por qué no?

Kathy sonrió. Ya estaban dentro de la cabaña y empezó a soltarse los botones de la camisa.

—Tu vida y la mía seguirán muy pronto caminos diametralmente opuestos —vaticinó—. Pero ahora vamos a viajar juntos...

El hermoso torso de la artista quedó al descubierto. Parr pensó que era la mejor forma de olvidar momentáneamente sus problemas.

CAPÍTULO XI

Cuando el fiscal le indicó que era su turno, Parr se puso en pie.

—Ninguna objeción —dijo—. La defensa acepta la declaración del testigo, en el sentido de que las balas encontradas en el cadáver de la víctima salieron del revólver que se ha considerado como prueba en este caso.

—El testigo puede retirarse —indicó el juez que presidía el juicio.

El experto de la policía en balística abandonó el estrado. Se oyeron rumores entre el público. Yardley iba a llamar a su testigo principal, el hombre que había visto a Peggy disparar contra Gregory.

Un hombre subió al estrado. Tenía unos cuarenta y cinco años, era de frente estrecha y ojos hundidos. La mirada era insegura, errática, y sus manos se movían continuamente.

El alguacil le tomó juramento. Luego, Yardley se acercó al testigo.

—Señor Wilkins, usted afirmó, en las primeras declaraciones hechas a la policía, que había presenciado el asesinato de Heston Gregory, ¿no es así?

Parr se levantó instantáneamente.

—¡Protesto, Señoría! El fiscal ha calificado ya de asesinato a un hecho que, por el momento, es un simple homicidio, es decir, la muerte violenta de una persona. Sólo será asesinato, cuando el jurado haya emitido su veredicto, en caso de que así lo estime adecuado.

—Se acepta la propuesta —dijo el juez que presidía el juicio—. El jurado no tendrá en cuenta las palabras del fiscal.

Yardley hizo un elegante gesto de cabeza.

—Admito mi error —confesó—. Y siendo así, lo diré de otro modo. Señor Wilkins, ¿presenció usted la muerte de Heston Gregory?

—Sí, señor —respondió el testigo.

—¿Cómo murió la víctima?

—Le dispararon con un revólver.

—¿Vio a la persona que disparó el arma homicida?

—Sí, señor.

—Señálela con la mano, si cree que se encuentra en esta sala, por favor.

Wilkins tendió el brazo hacia Peggy, sentada en la mesa del defensor, a la derecha de éste. Hubo rumores en el público y el mazo del juez actuó eficazmente.

—Es decir —siguió Yardley—, usted vio a la acusada disparar contra la víctima.

—Sí, sin duda alguna.

—Sobra la expresión sin duda alguna, pero gracias, de todos modos —dijo el fiscal—. ¿Recuerda la hora aproximada en que se produjo la muerte?

—Eran, más o menos, las ocho y cuarto de la tarde —contestó el testigo.

—Concuerda con el informe y el de los policías que acudieron al lugar de los hechos, a poco de producido el suceso que originó la muerte de la víctima. Por último, ¿podría indicarnos el lugar en que se encontraba cuando la acusada disparó contra Heston Gregory?

—Sí, en un rincón de la sala, a unos seis metros de distancia.

—Era una habitación muy grande, parece.

—En efecto, Gregory tenía una casa muy lujosa...

—No siga, es suficiente. —Yardley se volvió hacia el jurado—. El testigo ha reconocido a la acusada como la persona que disparó y causó la muerte de la víctima. Por mi parte, eso es todo.

—La defensa tiene la palabra —dijo el juez.

Parr se levantó. Ahora venía la parte más difícil de todos los días que duraba el caso, el momento más crítico, la hora de salvar a Peggy o destruirse con ella. Pero él saldría adelante, de un modo u otro, mientras que Peggy podía acabar en la cárcel para muchos años.

Alguien tosió en sus inmediaciones. Parr se volvió

maquinalmente y creyó que se le saltaban los ojos de las órbitas.

Allí estaba su tío, el decano de la Facultad, junto con los restantes profesores que habían juzgado su tesis doctoral. Aquellos severos rostros le contemplaban expectantemente y Parr comprendió que, en cierto modo, iba a sufrir un nuevo examen, una especie de juicio contra él, de cuyos resultados podía depender su porvenir.

Por un momento, sintió pánico y casi lamentó haberse hecho cargo de la defensa de Peggy, pero luego se dijo que ya no podía volverse atrás y que debía continuar hasta el final, cualquiera que fuese. Inspiró profundamente, se armó de valor y avanzó hacia el estrado de testigos.

—Señor Wilkins, usted ha dicho que presencié el suceso del que se derivó la muerte de Heston Gregory.

—Así es —contestó Wilkins.

—Lo vio todo, todo...

—Sí, señor.

—Es decir, usted estaba en el domicilio de la víctima en el momento de producirse el suceso que determinó su muerte violenta.

—Sí, señor.

—Podría explicarme... Perdón, ¿puede explicar al jurado los motivos que le llevaron a la casa de la víctima aquella noche?

Wilkins titubeó un poco.

—Eran... motivos particulares —dijo al cabo.

—No lo dudo, pero ¿qué motivos, señor Wilkins?

Yardley se levantó vivamente.

—¡Objeción! El defensor ha hecho una pregunta que estimo irrelevante...

—Perdón —dijo Parr—. Creo que todos tenemos derecho a saber qué causas habían llevado al testigo a la casa de la víctima, y precisamente en los momentos en que se produjo el crimen.

—Denegada la protesta —sentenció el juez.

Yardley se sentó. El juez se inclinó hacia Wilkins.

—Conteste al defensor —ordenó.

Wilkins se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—Bueno, Gregory y yo teníamos... asuntos en común...

—¿Qué asuntos? —inquirió Parr.

—A veces... él me ordenaba hacer investigaciones sobre

personas con las cuales se relacionaba...

—Ah, es usted detective privado.

—No, pero tengo conocimientos... Voy por todas partes, pregunto, indago...

—¿Qué objeto tenían esas investigaciones?

Wilkins remoloneó.

—El difunto era... muy guapo y tenía gran predicamento con las mujeres. Cuando conocía a una que valía la pena, quería enterarse de... de si tenía «pasta»...

—Dinero —puntualizó Parr.

—Sí, eso, dinero.

—Entonces, usted vive de los ingresos que le produce su profesión de investigador privado, para la cual, según se ha deducido, carece de licencia.

—Bueno, todo no es así siempre...

Hubo algunas risitas. El juez impuso orden. Yardley se agitó en su asiento.

—Está bien —dijo Parr—. Vamos a dar por sentado que aquella noche fue a casa de Gregory para entregarle unos informes, sobre alguna mujer atractiva y presumible mente en buena posición económica. No vamos a exigirle el nombre de la dama en cuestión, porque no tiene relación alguna con este caso, pero deseo que el jurado tome nota de los motivos que llevaron al testigo a visitar a Gregory. ¿Llegó a hablar con él sobre este asunto?

—No. Fui a su casa, me recibió y dijo que iba a bañarse y que ya hablaríamos cuando saliera del baño. Me dijo que podía tomarme una copa y me senté a esperar.

—¿Qué pasó después?

—Vino la sargento Brown...

—La acusada —corrigió Parr.

—Bien, la acusada. Ella vino y cuando la ví, yo me escondí detrás de un diván.

Parr levantó las cejas.

—¿Por qué tuvo que esconderse de la acusada?

Wilkins descruzó las piernas y volvió a cruzarlas.

—Ella es... era sargento de policía. No tenía ganas de que me viese allí.

—¿Por qué? ¿Temía que le hiciese algo?

—Bueno... estaba seguro de que al señor Gregory no le habría gustado que ella me viese en su casa. Pero tengo la conciencia limpia y no temo a la policía, señor.

—Un proceder lógico en un ciudadano honrado —sonrió Parr—. Bien, sigamos con el caso. ¿Qué sucedió después?

—Ella llamó al señor Gregory un par de veces. A la segunda, apareció él y le preguntó qué hacía en su casa. Entonces se apagaron las luces y, a los pocos segundos, sonaron dos disparos. Gregory cayó al suelo instantáneamente y ella echó a correr. Luego yo, escapé también, porque no quería que me complicasen en el crimen...

La declaración del testigo provocó fuertes murmullos. Parr aguardó hasta que el juez hubo restablecido el orden.

—Señor Wilkins, según lo que acabamos de escuchar, usted vio a la acusada disparar contra la víctima —dijo.

—Sí, señor.

—¿A qué distancia estaba de ella cuando sonaron los disparos? Wilkins hizo un gesto vago.

—Yo diría que más o menos como ahora, señor.

—Es decir, unos seis o siete metros.

—Sí. La sala es enorme y...

—Cuando se apagaron las luces, ¿tenía ella ya el revólver en la mano?

El testigo vaciló de nuevo.

—No, pero supongo que lo sacaría del bolso en aquel instante...

—No suponga nada —cortó Parr—. Diga sí o no, simplemente.

—No, no tenía el revólver en la mano.

—Está bien.

De pronto, Parr se acercó al estrado del juez y le dijo algo en voz baja. El juez parpadeó, asombrado, pero acabó haciendo una seña para llamar al fiscal.

Yardley protestó cuando se enteró de los propósitos del joven. Parr insistió con vehemencia:

—Estoy en mi derecho al solicitar que se haga esta prueba, ya que la estimo fundamental para la defensa de mi cliente. Apelo a su Señoría...

El juez asintió.

—Concedida la petición del defensor —dijo.

Se había producido una ligera pausa en el desarrollo del juicio, pero sin necesidad de desalojar la sala. Un alguacil llegó y puso en manos de Parr el revólver utilizado para asesinar a Gregory.

Con el arma en la mano y unos papeles en la otra, Parr se acercó al testigo.

—Señor Wilkins, voy a recordarle la declaración que usted prestó a la policía al día siguiente del crimen, declaración que usted efectuó espontáneamente. Mejor dicho, leeré una parte de la misma, a fin de evitar cansancio a los miembros del jurado. Ese fragmento dice así: «... yo estaba detrás del diván y cuando se apagaron las luces, pensé en largarme, pero casi en seguida oí los disparos. Gregory cayó y yo estuve muy poco; salí corriendo casi detrás de la sargento Brown...». ¿Está conforme, señor Wilkins?

—Si, señor.

—Le recuerdo, además, que ha prestado juramento de decir la verdad. —Parr se acercó al estrado de los jurados y enseñó el arma —. Damas y caballeros, les ruego no se asusten porque oigan estampidos, ya que el revólver usado como prueba ha sido cargado con cartuchos de fogeo. Vamos a realizar una prueba que estimo indispensable para la defensa de mi cliente y este revólver será usado de nuevo, afortunadamente no para quitar la vida a una persona.

Parr regresó junto a la mesa y colocó el revólver encima.

—Ahora, señoras y señores del jurado, un alguacil apagará las luces de la sala, cuyas cortinas, como pueden apreciar, han sido corridas a fin de que no entre el menor rayo de luz del exterior. Después, el revólver será disparado por dos veces, a los cinco segundos, aproximadamente, de que se hayan apagado las luces. Cuando quiera, alguacil.

La oscuridad se hizo absoluta en la sala. Con la respiración en suspenso, todos los presentes contaron cinco segundos.

De pronto, se vio un fogonazo y se oyó un estampido. El fogonazo y la detonación se repitieron. Una mujer chilló, a pesar de todo.

—¡Silencio! —ordenó Parr—. Señor Wilkins, ¿quién ha disparado el revólver?

—¡Ella, la acusada! —gritó Wilkins—. Oh, lo he visto muy bien...

—¡Luz! —pidió Parr.

Las luces se encendieron de nuevo. Sonó un grito de sorpresa general.

La mujer que estaba en el centro del espacio destinado a los estrados, con el revólver todavía humeante en la mano, era Sheila Symes.

CAPÍTULO XII

—Un bonito truco —admitió el fiscal amargamente más tarde.

—Señor Yardley, era la única solución que tenía para lograr un veredicto de absolución por falta de pruebas —contestó el joven—. Pero eso no me satisface y pienso trabajar sin descanso hasta encontrar al verdadero asesino de Gregory, a fin de que mi cliente sea declarada inocente por completo. Le diré más todavía; aunque no he podido presentarlos, porque su declaración no habría podido ser corroborada, sé que un testigo vio a otra mujer salir de la casa de Gregory, instantes después de cometido el crimen. Trick Walton robó el revólver de mi cliente y por eso fue asesinado, para que no hablase, pero ya lo había hecho. Se lo había contado a una dama muy amiga suya, ufanándose del hecho de que por una tarea tan sencilla le hubiesen pagado cinco mil dólares. Señor fiscal, ¿cree que la sargento Brown habría tirado al suelo su propio revólver, después de matar a Gregory?

—Pudo hacerlo, horrorizada de su crimen...

—No. En tal caso, ella habría ido decidida a asesinarlo y, no olvide, es policía y está acostumbrada a situaciones violentas. No iba a dejar tirada en el suelo la prueba que podía condenarla.

—Pero, si no ha sido ella, ¿quién...?

Parr vio entonces a alguien que se le acercaba y sonrió.

—Discúlpeme, señor Yardley.

El decano Parr le estrechó la mano.

—Una defensa brillante, sobrino. No esperaba menos de ti.

—La acusación tenía muchas lagunas. Todas las pruebas eran circunstanciales, aunque, evidentemente, sumamente críticas contra mi cliente. Pero no había una sola de ellas de la que se pudiera decir: «Una prueba más allá de toda duda posible».

—Muy cierto —convino el decano—. Sin embargo, debes tener en cuenta que una absolución por falta de pruebas no es lo mismo que un veredicto de inocencia.

—Lo sé, tío, y voy a luchar para conseguir ese veredicto, aunque no lo pronuncie un jurado.

Peggy y Sheila se acercaron en aquel momento. Las dos vestían de forma casi idéntica. El pelo de Peggy era negro, mientras que el de Sheila tenía su color natural, castaño oscuro. A plena luz, se diferenciaban considerablemente.

—Neil, ¿quién fue la otra mujer que disparó contra Gregory? —preguntó Sheila.

—Hoy mismo lo sabré —contestó Parr—. Y no fue mujer, sino hombre disfrazado con ropas femeninas.

Peggy respingó.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente.

Sheila se despidió y los dejó solos.

—Neil, ¿cómo podría darte las gracias...? —murmuró la joven.

—Te lo diré. A pesar de todo, quedarás un poco en entredicho. Dimite y cástate conmigo. El sueldo de profesor ayudante no es muy elevado y pasarás estrecheces, pero saldremos adelante, pese a todo.

Peggy suspiró.

—Tú tenías razón. No podías estancarte, convirtiéndote en simple guardia... Bien —sonrió luminosamente—, ¿cuándo es la boda?

—Cuando haya probado tu inocencia, cosa que no tardará mucho en suceder.

—¿Lo crees así?

—Estoy completamente seguro.

¿Sabes?, cuando terminé los estudios secundarios, ingresé en la Universidad y aprobé el primer curso de Derecho, Luego me gustó más la policía y pensé... Bueno, podría matricularme para acabar la carrera...

Parr se inclinó y la besó en una mejilla.

—Discutiremos eso más tarde, querida —se despidió.

Hoffer le recibió ceñudamente en la enorme terraza de su residencia. Estaba sentado en un butacón de mimbre y no se levantó siquiera para corresponder a su saludo.

—Lo ha conseguido —dijo.

—Peggy está en la calle, porque es inocente —respondió Parr sin amilanarse por el tono hostil del sujeto—. Y porque la conspiración que usted montó contra ella, a fin de conseguir que Swardon se librara de la crítica situación en que se encuentra, no dio el resultado calculado.

—Una conspiración... —Hoffer rió agriamente—. Tiene usted una imaginación desbordante, abogado.

—Es la pura verdad. Ignoro qué sabe Swardon acerca de usted, pero ya saldrá a la luz. Lo importante del caso es que usted encargó a Gregory que consiguiera el expediente de Swardon, pero Peggy se negó a entregárselo. Es un testigo de cargo muy importante contra Swardon y usted pensó que, preparándole una encerrona, podría deshacerse de ella. Gregory tenía que morir, porque se había considerado fracasado en el empeño y su muerte podía resultarle a usted útil para el logro de sus planes.

»Cuando ella fue arrestada al fin, usted se dio cuenta de que yo podía interferir gravemente sus proyectos y trató de deshacerse de mí a toda costa. Una emboscada en un callejón, dos tipos en un coche, un tirador en lo alto de un edificio en construcción, la sustracción de unos negativos en el archivo de un fotógrafo, el expediente policial de Swardon que ha volado, sin duda gracias a un policía corrompido... pero todo ello no le ha servido de nada, ni siquiera la muerte de Walton, el hombre que robó el revólver de la sargento Brown. Todos sus esfuerzos han resultado inútiles; Swardon hablará y usted tendrá que atenerse a las consecuencias.

—Ése es un asunto que trataré con él...

—Tendrá que mostrarse muy persuasivo, pero no creo que consiga nada, porque Swardon sabe lo que le espera —dijo el joven tranquilamente—. Pero ése es problema suyo... si antes consigue resolver otro menos crítico.

—¿Qué es lo que quiere decir usted? —preguntó Hoffer.

Parr lanzó una mirada hacia la puerta de la terraza que comunicaba con el interior de la casa.

—Brook, ¿por qué no sale? —exclamó—. Está escuchando detrás de la puerta, como un criado curioso... Venga, venga; también esto le interesa mucho a usted.

Brook avanzó lentamente, con una mano en el bolsillo de su

chaqueta. Parr fingió no haber reparado en el detalle y empezó a manipular en el objeto que había traído consigo.

Era un grueso cilindro de cartón, de cuyo interior extrajo una cartulina enrollada, que desplegó con ambas manos. Al verla, Hoffer creyó que se le saltaban los ojos de las órbitas.

—A Gregory se le ocurrió la idea de contratar a Lyndall, para que le siguiera a todas partes, cuando estuviese en compañía de la sargento Brown, y con el objeto de hacer creer que estaban enamorados —dijo Parr placenteramente—. Usted por si fuese poco, envió anónimamente una colección de estas fotografías al fiscal Yardley, a fin de contribuir a la ruina de la señorita Brown. Pero no se le ocurrió examinarlas con lupa, como lo hice yo. Al menos no lo hizo tan pronto, y cuando se le ocurrió, era ya tarde. La fotografía comprometedora estaba en poder del fiscal; por eso envió usted al Tigre para rescatar el negativo. Pero se puede sacar una fotografía de otra, y eso es lo que hice yo.

»Bien, aquel día usted se reunió con Gregory. Lyndall tiró una placa, sin fijarse en otras personas que no fuesen Gregory y la sargento. Aquí, en esta imagen ampliada, se le ve a usted, entregando un fajo de billetes a Swardon, lo cual demuestra que sus negativas en cuanto a conocer a ese individuo y haber tenido tratos con él, son pura retórica defensiva. Pero eso no es todo.

Parr se volvió hacia Brook, que parecía ajeno a la cuestión.

—Tace, usted asesinó a Gregory —acusó.

Brook se echó a reír.

—¿Está loco? ¿De dónde ha sacado semejante estupidez?

—Tiene usted la misma estatura y corpulencia que la sargento Brown, aunque sin sus curvas, naturalmente. La eliminación de Gregory debía ser realizada por alguien de confianza, que no se fuese luego de la lengua, alguien, en fin, que también tuviese interés en su muerte, porque usted, Brook, está así mismo metido hasta el cuello en el asunto Swardon. Hoffer financió la operación de la media tonelada de droga y usted fue el que concretó los detalles con Swardon. Cuando éste hable, se destapará todo el pastel...

—Pero eso no tiene nada que ver con la muerte de Gregory —se defendió Brook.

—La policía ha registrado su casa —dijo Parr impasible—. Han

encontrado una peluca negra, ropas de mujer, parecidas a las que usaba Peggy, y unos zapatos de tacón alto. Alguien vio a una mujer huir de la casa de Gregory, después del crimen, y se fijó en las dificultades de ella para correr. Creyó que tenía reuma en las piernas, pero le pasaba lo mismo que a Katzinski: no sabía caminar con tacones altos.

—Eso no es una prueba admisible en un juicio...

—A Wilkins se le va a procesar por perjurio. Se ha dado cuenta, después del experimento realizado en el tribunal, de que su posición es insostenible, y ha preferido hacer un arreglo con el fiscal. En suma, ha dicho que fue sobornado para que testificase en contra de la sargento Brown. Naturalmente, también ha dicho quién le pagó por su falso testimonio.

Hubo un momento de silencio. Luego, Brook, con ojos llameantes, se volvió hacia Hoffer.

—¡Te dije que era un plan disparatado! —gritó—. No podía salir bien y, sin embargo, tú insististe para que se hiciera como querías, en lugar de haber ordenado que alguien se «cargase» a Swardon en la cárcel...

Parr soltó una risita. Brook le miró malignamente y luego continuó:

—Pentland, adivino lo que estás pensando. Eres de la clase de hombres que buscan sólo su propia salvación, sin importarles nada los demás... Ahora declararás que no sabías nada, que todo lo hice yo sin tu conocimiento... ¡Pues no te saldrás con la tuya! No me van a echar más años por dos muertes que por una, conque ¡vete al infierno!

Hoffer se puso en pie convulsivamente.

—¡Tace! ¿Qué vas a hacer? —aulló.

Brook ya tenía su revólver en la mano. Fríamente, a dos pasos de distancia, metió cuatro balazos en el cuerpo del otro.

Hoffer se desplomó sobre el sillón, se agitó convulsivamente y rodó al suelo. Entonces, Parr, golpeó la muñeca de Brook con el cilindro de cartón y el revólver saltó por los aires.

Mulvoney apareció, seguido de un puñado de hombres vestidos de azul. La mano del capitán cayó pesadamente sobre el hombro del asesino.

—Brook, ya sabe lo que se dice en estos casos —habló

severamente.

Brook temblaba como un azogado, de los pies a la cabeza.

—Todo ha... sido una trampa... —gimió.

—Pero en este caso, tendida a los verdaderos culpables —contestó Parr, fríamente.

—Lo hemos oído todo —dijo Mulvoney. Luego dio una orden—: ¡Llévenselo!

Un policía puso las esposas a Brook y lo empujó hacia la salida. Mulvoney fijó la vista en el joven.

—Buen trabajo, Piernas Largas. —Carraspeó un poco y sonrió—. Perdón, doctor Parr.

—Le hago gracia del tratamiento, capitán —repuso el joven.

—Ahora le corresponderá con más derechos que nunca. Ah, dígle a la sargento que puede volver a su puesto cuando quiera...

—Perdón, capitán. Cuando se refiera a la dama en cuestión, llámela señorita Brown. Dentro de muy poco, su tratamiento correcto será señora Parr.

Mulvoney arqueó las cejas.

—Ah, se van a casar.

Parr dio media vuelta.

—Debimos haberlo hecho mucho tiempo atrás y nos habríamos ahorrado tantos disgustos —dijo por encima del hombro—. Pero, como se suele decir, nunca es tarde...

De pie, detrás de su mesa, paseó la mirada por los bancos en que se sentaban sus alumnos. Era el primer día de clase y, como en el juicio, sintió un poco de miedo, aunque consiguió dominarse muy pronto.

Parr pronunció unas cortas frases de bienvenida y salutación, que fueron escuchadas en completo silencio. Cuando terminaba aquel breve discurso, una hermosa joven entró en el aula y se sentó en uno de los últimos bancos.

—Y quiero añadir también una cosa —dijo Parr—. Deseo que todos ustedes sepan que el parentesco no significa ningún privilegio en esta clase, que trataré a todos los alumnos por igual, y que sólo consideraré los méritos que se deriven de su inteligencia, aplicación y amor al estudio. No habrá discriminaciones para nadie, y menos aún para la alumna que acaba de llegar dos minutos tarde a la clase. Señora Parr, espero y deseo que esto no vuelva a repetirse; el

hecho de que usted sea mi esposa, no le confiere ventaja ni privilegio alguno.

Peggy enrojeció visiblemente. Fue a decir algo; pero Parr levantó una mano.

—No admito excusas, señora Parr. La clase tiene un horario determinado y usted debe atenerse a él, como los demás alumnos. Y ahora, hecha esta pequeña distinción, empecemos a trabajar.

Peggy sonrió. Armada de lápiz y cuaderno, empezó a tomar notas, como los demás alumnos.

Los malos tiempos quedaban muy atrás, dijo a su esposo, a la hora del almuerzo.

—Los que vienen no serán fáciles, pero los superaremos —dijo él confiadamente.

—Y no estaremos solos, profesor.

—¿Hay noticias sobre un aumento en la familia? —preguntó él.

—Todavía no, pero todo llegará. Neil, quizá dentro de unos años, podamos montar nuestro propio bufete.

«Parr & Parr,
abogados». ¿Qué te parece?

—Es una bonita perspectiva. Y, con el tiempo, podría corregirse el título de la sociedad, sobre todo, si el primer hijo es varón. «Parr, Parr & Parr,
abogados». De todas formas, no me gusta demasiado.

—¿Por qué? ¿No te gusta la idea?

—Peggy, prefiero otra cosa para dentro de veinte años o cosa así. Neil Hamilton Parr, decano.

Ella entornó los ojos.

—Tienes razón. Me gusta mucho más —contestó.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.